

EL CARISMA, LA CREACION DE INSTITUCIONES Y LA TRANSFORMACION SOCIAL

I

A estas alturas no necesitamos presentar la obra de Weber al mundo sociológico anglo e hispano-parlante. La mayor parte de sus obras — todos los *Aufsätze für Religionssoziologie* (1), su *Historia de la Economía* (2), muchos ensayos suyos sobre la metodología de las ciencias sociales (3) y extensas partes de su monumental *Wirtschaft und Gesellschaft*— han sido traducidas en colecciones especiales: en *Theory of Social and Economic Organization*, o en partes de ensayos de Max Weber, en *Sociology of Religion*, y en *The City* (4), y en el volumen sobre el Derecho (5), a los que seguirá una tra-

(1) MAX WEBER: *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, trad. por Talcott Parsons, Nueva York, 1930.

— — —: *The Religion of China: Confucianism and Taoism*, trad. ed. por H. H. Gerth, Glencoe (Ill.), 1951.

— — —: *Ancient Judaism*, trad. y ed. por H. H. Gerth y D. Martindale, Glencoe (Ill.), 1952.

— — —: *The Religion of India: The Sociology of Hinduism and Buddhism*, trad. y ed. por H. H. Gerth y D. Martindale, Glencoe (Ill.), 1952.

— — —: *The Sociology of Religion*, trad. por Ephraim Fischhoff, Boston, 1963 (en su mayor parte, de: *Wirtschaft und Gesellschaft*).

Al español está traducida *La ética protestante y el espíritu del Capitalismo*, por L. Legaz Lacambra, Madrid, 1955.

(2) MAX WEBER: *General Economic History*, trad. por Frank H. Knight, Glencoe (Ill.), 1927.

(3) MAX WEBER: *Max Weber on the Methodology of the Social Sciences*, trad. y ed. por Edward A. Shils y Henry A. Finch, Glencoe, 1949.

(4) MAX WEBER: *Essays from Max Weber*, trad. y ed. por H. H. Gerth y C. Wright Mills, Nueva York, 1946.

— — —: *Theory of Social and Economic Organization*, trad. por R. A. Henderson y Talcott Parsons, ed. por T. Parsons, Nueva York, Londres, 1947.

— — —: *The Sociology of Religion*, op. cit.

— — —: *The City*, trad. y ed. por Don Martindale y Gertrud Neuwirth, Glencoe (Ill.), 1958.

De *Wirtschaft und Gesellschaft* hay una excelente traducción española de E. Imaz, en el Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1947, cuatro volúmenes.

(5) MAX WEBER: *On Law in Economy and Society*, trad. por Edward Shils y Max Rheinstein, Cambridge (Mass.), 1954.

ducción completa por G. Roth. También han sido traducidos varios ensayos suyos: los famosos ensayos sobre la política y la ciencia como vocación, así como algunos de sus artículos sobre historia económica (6).

Por ahora, lo principal de lo que falta en inglés es la mayor parte de sus investigaciones empíricas, recogidas en sus *Aufsätze für Soziologie und Sozialpolitik* (7) y varios análisis históricos concretos, recogidos en su mayor parte en sus *Gesammelte Aufsätze für Sozial und Wirtschaftsgeschichte* (8).

Aun antes de que hubiese estas traducciones, su obra fue presentada al mundo sociológico angloparlante —y, especialmente, americano— en los escritos de Talcott Parsons (9), que, en *The Structure of Social Action*, examina plenamente el puesto de Weber en la evolución del pensamiento sociológico moderno, exponiendo al mismo tiempo un estudio muy detallado de los principales aspectos de la obra de Weber. En otras muchas obras y ensayos, especialmente en sus introducciones a *Theory of Social and Economic Organization* y a *Sociology of Religion*, Parsons ha seguido examinando la significación de la obra de Weber en la evolución de la teoría sociológica en general y en diversos campos de la sociología en particular. Quizá pueda encontrarse la exposición más sucinta del puesto de Weber en la historia de la sociología en el reciente trabajo de Parsons: «Unity and Diversity in the Modern Intellectual Disciplines: The Role of the Social Sciences» (10).

Aparte de las obras de Parsons, puede encontrarse una exposición de las obras de Weber durante los años treinta y cuarenta en la composición histórica de Barnes y Becker, en los artículos de A. Solomon en *Social Research* (11), en varios artículos de Shils (12) y la extensa introducción a su

(6) MAX WEBER: *Essays from Max Weber*, op. cit.

(7) MAX WEBER: *Gesammelte Aufsätze zur Soziologie und Sozialpolitik*, Tubinga, 1924.

(8) MAX WEBER: *Gesammelte Aufsätze zur Sozial und Wirtschaftsgeschichte*, Tubinga, 1924.

(9) Entre otros: TALCOTT PARSONS: «Introduction»: MAX WEBER: *Theory of Social and Economic Organization*, Nueva York, 1947, págs. 1-70; *The Structure of Social Action*, Glencoe (Ill.), 1948; «Introduction»: MAX WEBER: *The Sociology of Religion*, Boston, 1963, págs. IX-LXVII; «Unity and Diversity in the Modern Intellectual Disciplines. The Role of the Social Sciences», *Daedalus*, vol. 94, núm. 1, invierno 1965.

(10) *Daedalus*, invierno 1965, vol. 94, núm. 1, esp., págs. 55-61.

(11) H. E. BARNES y H. BECKER: *Social Thought from Lore to Science*, Washington, 1952. A. SALOMON: «Max Weber's Methodology», *Social Research*, vol. 1, 1934, páginas 147-168; «Max Weber's Sociology», *Social Research*, vol. 2, 1935, págs. 60-73; «Max Weber's Political Ideas», *Social Research*, vol. 2, 1935, págs. 368-384.

(12) EDWARD A. SHILS: «Some Remarks on the Theory of Social and Economic Organization», *Económica*, vol. XV, núm. 57, febrero 1948, págs. 36-50; «Foreword»: MAX WEBER: *The Methodology of the Social Sciences*, trad. y ed. por Edward A. Shils y

obra y a su orientación intelectual que se da en R. Bendix: «Max Weber - An Intellectual Portrait» (13), publicado a principios del pasado decenio.

Recientemente han aparecido más análisis sobre su significación en la historia de la sociología y de la vida cultural alemana, con motivo del centenario de su nacimiento (14).

Todo ello no significa, desde luego, que ya no haya lugar para más análisis detallados de la obra de Weber en los diversos campos de la sociología y la historia comparada o más exégesis de sus escritos y más análisis detallados de su significación para el desarrollo de estos diversos campos, así como de su lugar en la *Geistesgeschichte* europea en general y en el pensamiento social y político alemán a fines del siglo XIX y principios del XX en particular.

Con bastante seguridad, en muchos de los diversos subcampos de la sociología, sea el estudio más analítico del carácter de las relaciones sociales, en sus escritos metódicos generales, de la organización social o de los sistemas sociales, en el análisis de la sociología económica, en el estudio de la burocracia, de los diferentes tipos de sistema político y, en menor grado, en varios aspectos de la sociología de la religión y del Derecho, el análisis sociológico ha alcanzado un estadio en el que, aun basándose todavía mucho en Weber, puede ir muy pronto por encima de él y quizá pueda, según la famosa formulación de Whitehead, olvidar a sus fundadores.

El ulterior estudio de su influencia en todos estos terrenos plantea, sin embargo, problemas de investigación al historiador de la sociología o del pensamiento social, a los que se ocupan en cualquiera de los muchos campos concretos de investigación en los que trabajó Weber y al historiador de la vida intelectual alemana del siglo XIX y del XX, pero no a la exposición de los problemas teóricos generales de la sociología.

Pero la importancia de Weber no está tan sólo en ser una gran figura en la historia de la sociología o en la *Geistesgeschichte* de los siglos XIX y XX. Tampoco es hoy solamente de significación la obra de Weber como una mina de diversos análisis e hipótesis concretos —muchos de ellos insuperados— en la mayor parte de estos campos, sea en el estudio de la burocracia, de la sociología del Derecho, la sociología de la religión o en el análisis de diferentes

Henry A. Finch, Glencoe (Ill.), 1949, págs. III-X; «Charisma, Order and Status», *American Sociological Review*, vol. 30, abril 1965, págs. 199-213.

(13) R. BENDIX: *Max Weber - An Intellectual Portrait*, Nueva York, 1960.

(14) WOLFGANG MOMMSEN: *Max Weber und die deutsche Politik, 1890-1920*, Tubinga, 1959. OTTO STAMMER (ed.): *Max Weber und die Soziologie heute: Verhandlungen des 15. deutschen Soziologentages*, Tubinga, 1965. *The American Sociological Review*, abril, número 30, 1965.

tipos de capitalismo. Toda la diversa evolución en estos campos no nos ha llevado a abordar muchos problemas básicos, sustanciales y analíticos, que el vario análisis de Weber ha planteado —aunque a veces sólo implícitamente— al análisis y la teoría sociológicos, que apenas comienzan a afrontarlos.

El que fuese implícitamente se debe en gran parte a la desgana general de Weber por entrar en un análisis formal plenamente sistemático de las relaciones sociales, a su predilección por seguir hasta el final toda línea particular de pensamiento y a su preocupación por muchos temas políticos e ideológicos del momento en su singular marco histórico contemporáneo.

Por ello, para poder examinar su contribución a los problemas esenciales del análisis sociológico, no nos concentraremos en la exposición de sus propios enfoques conceptuales y metódicos —lo que ya se ha hecho muchas veces (15)—, sino que nos concentraremos mayormente en la exposición de los principales problemas sustanciales implicados en su análisis. La finalidad de la selección de la obra de Weber que exponemos aquí y de esta breve introducción es intentar presentar algunos de estos problemas.

II

El mejor modo de explicar estos problemas esenciales implícitos en la obra de Weber es confrontar, por una parte, la principal contribución sustancial de Weber a la sociología y, por otra, sus principales orientaciones filosóficas, de «valor» o intelectuales, que han dirigido su análisis científico.

Desde el punto de vista de su contribución sustancial (que, como se ha subrayado siempre, ha sido también de gran importancia metódica), la grandeza y singularidad de Weber están en el modo en que combinó el análisis sociológico y el histórico. No sólo era la riqueza sin paralelo y la variedad de materiales que dominaba, ni su conocimiento de la historia económica, social y del Derecho, lo que le hizo plenamente consciente de los diversos problemas metodológicos de cada uno de estos campos, ni su capacidad de dominar la historia de religiones y civilizaciones muy apartadas, la que le hizo destacar entre todos los sociólogos, aunque todo ello, en sí, podría haber sido suficiente para asegurarle un puesto singular en su compañía.

Su mayor contribución a lo que puede llamarse la sociología comparada de la historia está en el modo en que empleó esa riqueza. No la empleó para erigir grandes esquemas evolutivos de la historia universal o del progreso del

(15) ALEXANDER VON SCHELTING: *Max Webers Wissenschaftslehre*, Tubinga, 1934. R. BENDIX: *Max Weber - An Intellectual Portrait*, Nueva York, 1960. TALCOTT PARSONS: *The Structure of Social Action*, Glencoe (Ill.), 1948.

espíritu humano, aunque, como veremos después, no estaban muy lejos de su mente muchos intereses o preocupaciones de las escuelas de la evolución y de la *Geistes- und Kulturgeschichte* alemana. Tampoco la empleó para ilustrar o elaborar esquemas clasificativos de diferentes tipos de actividades y de organización sociales, lo que estaba muy de moda en la sociología alemana durante la actividad de Weber, aunque también en este caso algunos problemas esenciales de tales clasificación y tipología estaban muy cercanos a los intereses de Weber. Antes bien, empleó toda esta riqueza para analizar sistemáticamente la gran variedad de la creatividad humana en su contexto social, en analizar las características y los problemas más comunes de las diferentes esferas del empeño humano y en examinar las condiciones de aparición, continuidad y cambio y estancamiento de diferentes tipos de organización social y creatividad cultural.

Analíticamente, su mayor contribución a los estudios comparados se basa en la aplicación de categorías analíticas generales al estudio sistemático de sociedades enteras, tanto dentro como fuera de Europa. Pero no empleó estos ricos materiales históricos en «ilustrar» sus amplias categorías analíticas; sino que utilizó éstas, o para explicar en un amplio estudio comparativo algunas características distintivas de una sociedad singular, o con el fin de analizar algunos tipos más generales de sociedades, instituciones, colectividades y modos de comportamiento. Es este continuo empleo de estos dos enfoques y su continua combinación en su obra, lo que constituye la singularidad y el vigor de su obra.

Pero sólo podemos entender la gran vitalidad de su análisis histórico y comparativo al examinar qué relación tenía con sus básicas orientaciones de valor e intereses filosóficos. Weber estaba apasionadamente interesado por los problemas y predicamentos de la libertad humana, la creatividad y la responsabilidad personal en el contexto de la vida social en general y de la sociedad moderna en particular.

Desde luego, no era el único que tenía este interés entre los sociólogos modernos. Todas las grandes figuras clásicas de la sociología moderna —Marx, Tocqueville, Lorenz von Stein, Durkheim— estaban interesados profundamente por este problema, y el origen del análisis sociológico se ha atribuido a menudo a la creciente conciencia de los modos específicos en que este problema se articulaba en el contexto de la sociedad moderna.

La singularidad de Weber y su importancia para el desarrollo de la sistemática está en el modo en que los trató y los relacionó en su análisis científico.

Aunque profundamente interesado por analizar la condición de la libertad y por la búsqueda de ella, no entendía esta búsqueda —o su omisión—

como los únicos componentes de la vida social o como los únicos móviles humanos. Intentó, en cuanto fuese posible, mantener separados los medios conceptuales empleados para analizar las relaciones sociales y estas orientaciones de «valor», y no —como le han imputado muchos de los últimos ponentes o críticos de su enfoque de «libertad del valor»— faltarle la comprensión de la última dificultad —incluso imposibilidad— de conseguir tal desapego, sino por creer que sólo intentando este desapego podrían enriquecerse tanto estos intereses de valor como el análisis científico, cada uno en su propia esfera y en sus interrelaciones. Así, a diferencia de Marx, no incorporó el movimiento de la libertad al esquema analítico del orden social en sus dimensiones estructural y temporal, haciendo así de la consecución de la libertad, como fue el caso en Marx, el término necesario del proceso histórico.

El problema de la enajenación —esencial en el pensamiento temprano de Marx— era de no menor interés para Weber. Sin embargo, no lo consideraba derivado de sólo un aspecto —aunque fuese básico o esencial— de las relaciones sociales, sino, más bien, como inmanente a todos los tipos de tales relaciones en todos los campos institucionales (16). La posibilidad de conseguir la libertad, la creatividad y la plena responsabilidad personal le parecía muy dudosa y problemática en general, y bajo las condiciones modernas, en particular. Ciertamente, no compartía el optimismo que expresó mucho después Karl Mannheim sobre la posibilidad del plan democrático en sus últimas obras (17). Pero su profundo pesimismo sólo equivalía a la profundidad de su interés por estos problemas, a sus intentos de estimar seria, pero apasionadamente, las posibilidades de la creatividad y la libertad en diferentes tipos de relaciones y de organizaciones sociales. Y fue mediante la continua confrontación de este interés con su gran y vasto análisis histórico sociológico comparado y analítico como reformuló y transformó algunos problemas básicos de la sociología.

III

Para Weber, la libertad, la creatividad y la responsabilidad personal no están fuera de la esfera de la sociedad, de las relaciones ni las actividades sociales. Al contrario, las relaciones sociales y las estructuras organizativas

(16) S. M. LIPSET lo subraya en: «Social Class», artículo que se publicará en *International Encyclopaedia of the Social Sciences*.

(17) KARL MANNHEIM: *Freedom, Power and Democratic Planning*, Londres, 1951.

constituían el material mediante el que se expresa la creatividad y el principal ámbito, dentro del cual pueden manifestarse la libertad, la creatividad y la responsabilidad. Pero imponían también severas limitaciones y constreñimientos a tal creatividad, creando así la posibilidad de enajenación, no sólo en la esfera económica, sino en todas las esferas de las relaciones sociales.

Por tanto, su interés más general, que penetra toda su obra, fue lo que podemos llamar, en la terminología de la sociología moderna, los procesos de creación de instituciones y de creatividad cultural, los procesos de cristalización, continuidad y cambio de los principales tipos de instituciones y de símbolos culturales, de los límites de las posibilidades de transformar los antiguos complejos institucionales y culturales y crear otros nuevos.

Entendía las instituciones sociales y las texturas culturales, por una parte, como las masivas fuerzas organizativas y estructurales dentro de las cuales no se da a las personas, sea en el plano de las relaciones cotidianas o en el de los procesos históricos o societarios de amplios vuelos, mas que poca libertad, mas que pocas posibilidades de cambio y actividad creadores e incluso de pleno desarrollo y ejercicio de la responsabilidad personal.

Por otra parte, sin embargo —y, una vez más, tanto en el plano de las relaciones cotidianas como en el de las generales fuerzas históricas y societarias—, las instituciones y las creaciones culturales aparecen como resultado de la común empresa creadora del pueblo en sociedad, aun cuando el último resultado de tal empresa difiera en gran medida de las pretensiones originarias de sus ejecutores. Las grandes religiones y organizaciones religiosas, los nuevos tipos de normas y sistemas legales, de caudillaje político, de organización económica o de expresión artística, se encuentran entre las mayores expectativas de la creatividad humana.

Para Weber, la posibilidad de creatividad y libertad no existe fuera de la textura institucional, sino que se da más bien en los claros aspectos o partes de las relaciones y la organización sociales, de la creación de instituciones y, muy a menudo —de modo bastante paradójico— en el proceso de destrucción de instituciones. Pero esta misma creatividad no carece de estructura. Está sometida a la limitación organizativa y a las exigencias estructurales y crea en sí nuevas posibilidades de presión y constreñimiento organizativos y contiene, por tanto, básicos poderes constrictivos. Es esta tensión continua entre lo que podemos llamar los aspectos constrictivos y creadores de las instituciones, de la organización social, lo que interesa esencialmente a Weber.

IV

El concepto central alrededor del cual ha desarrollado Weber toda esta problemática es el de «carisma». Como es sabido, su definición más formal del carisma la expone respecto de los diferentes tipos de legitimación de la autoridad, pero, como veremos, no se confina realmente a la esfera política, sino que se extiende mucho más lejos.

Weber describe el carisma como «cierta cualidad de una personalidad individual, por virtud de la cual lo separan de los hombres ordinarios y lo tratan como dotado de cualidades sobrenaturales, sobrehumanas o, al menos, específicamente excepcionales» (18). Por consiguiente, es de importancia crucial que el individuo carismático sea reconocido o considerado como tal. «Este reconocimiento es cuestión de una devoción personal completa que surge del entusiasmo o de la desesperación y la esperanza» (19).

Por tanto, los sistemas basados en la legitimidad carismática muestran ciertas características que se siguen del carácter personal e intenso de la respuesta al carisma. En primer lugar, el reconocimiento del caudillo es un deber especialmente compulsivo, aunque sea formalmente voluntario. Como Parsons lo expresa, «la autoridad del caudillo no expresa la "voluntad" de sus seguidores sino más bien su deber u obligación» (20). En consecuencia, existe cierto fervor moral distintivo en el carisma, francamente opuesto a las formas de la moralidad tradicional y del cálculo racional sereno. Los grupos carismáticos no elaboran sistemas de papeles, normas y procedimientos para gobernar la ejecución de las funciones administrativas. Desdeñan «la economía cotidiana de la consecución de unos ingresos regulares por medio de la continua actividad económica...» (21).

Así, puede pretenderse —como se ha hecho a menudo efectivamente— que la situación carismática es la antítesis total de la «rutina», de las instituciones y relaciones sociales organizadas. No es sólo que la autoridad formalmente carismática contraste con las «tradicionales» y «racionales». Allende esta distinción formal, el puro carisma tiene ciertas predisposiciones esenciales antinómicas y antiinstitucionales. Dado el fervor moral absolutista, el desdén revolucionario por los procedimientos formales y la inestabilidad

(18) MAX WEBER: *The Theory of Social and Economic Organization*, Nueva York, 1947, pág. 358.

(19) *Ibid.*, pág. 359.

(20) «Introduction», *Theory of Social and Economic Organization*, pág. 65.

(21) *Theory of Social and Economic Organization*, págs. 362-3, y 1948, págs. 246 y 250.

esencial de la provisión de sucesión, las actividades y orientaciones carismáticas encierran ciertas predisposiciones antinómicas muy fuertes.

Son estas predisposiciones las que constituyen el centro de las fuerzas, tanto creadoras como destructoras del carisma. Si, por una parte, la predisposición carismática puede llevar a excesos de desvarío y desviación, por otra parte, las personalidades o las colectividades carismáticas son portadoras de grandes innovaciones culturales y creatividad social, sean religiones, conceptos y organizaciones políticos o conceptos de la actividad económica. Es en el acto, las personas o el grupo carismático donde se manifiesta la creatividad potencial del espíritu humano, creatividad que quizá en algunos casos pueda ser desvariada o malvada, y no sólo el desvarío potencial, sino esa misma creatividad, por su mismo carácter y orientación, tiende a socavar y destruir las instituciones existentes, a borrar los límites establecidos por ellas.

Es a este respecto como puede verse mejor la esencialidad del concepto de carisma en cuanto al problema de la creatividad, la libertad y la responsabilidad en el contexto social. Está arraigada en la continua ambivalencia del carisma con relación a algunos aspectos centrales de la vida social y personal. En el plano de la vida social, el carisma se caracteriza por su poder destructor y creador de instituciones, por su propensión, por una parte, a destruir toda institución o rutina organizativa dadas y su propensión, por otra parte, a crear nuevas instituciones. Esta ambivalencia es manifiesta en la propensión del carisma a borrar cualquier marco institucional existente, a intentar hallar cierta expresión y campo institucional, por una parte, y su última impotencia y falta de eficacia si no puede organizarse al menos parcialmente, institucionalizarse —en las propias palabras de Weber—, rutinizarse, por otra parte.

Una ambivalencia semejante puede hallarse en el plano personal. En este respecto, el carisma puede ser el compendio del desenfreno y los excesos más negros del alma humana, de su mayor depravación e irresponsabilidad, mientras que, por otro lado, es en sus raíces carismáticas cómo la personalidad humana puede alcanzar su poder creador y su responsabilidad interior más plenos (22).

(22) Este aspecto de lo carismático lo ha subrayado especialmente WOLFGANG MOMMSEN: «Max Weber's Political Sociology and his Philosophy of World History», *International Social Science Journal*, vol. 17, núm. 1, 1965, págs. 23-46.

V

Y, sin embargo, la supuesta antítesis entre el flujo regular de las relaciones sociales organizadas, de las texturas institucionales, por un lado, y las cualidades y actividades carismáticas, por otro, no es tan extremada o total como podría haberse deducido de la exposición precedente. Si bien analíticamente esta distinción entre toda «rutina» organizada (tradicional, legal o burocrática) y el carisma es muy clara y quizá pueda lograrse mejor su definición en forma dicotómica, ello no significa ciertamente una dicotomía total y completa entre situaciones concretas.

Bien es verdad que en algunas situaciones muy especiales —en situaciones de extremado cambio social, de subversiones o de intentos de transformar las estructuras que se derrumban— puede llegar a pronunciarse con mucha claridad esta dicotomía entre la vida institucional regular y el carisma destructivo, potencialmente innovador y constructivo, de los caudillos y grupos.

Pero incluso en tales situaciones la distinción analítica entre lo carismático y la rutina no es tan completa ni extremada. A través de su exposición del carisma, Weber no subrayaba tanto el caudillo carismático único, sino el grupo, bando o comunidad carismáticos, fuesen la secta religiosa o los seguidores de un nuevo dirigente político. Ya en este respecto, el primer punto de encuentro entre las predisposiciones carismáticas y sus tendencias antinómicas potenciales o actuales y las exigencias de organización social regular llega a manifestarse parcialmente en la necesidad del caudillo o grupo carismático de asegurar cierta continuidad para su mismo grupo; de asegurar la sucesión de su caudillaje y la continuidad de su organización.

La transformación de la gran marea y la visión carismática en cierta organización social o textura institucional más continua constituye el primer paso en la rutinización del carisma. Pero la rutinización del carisma no es precisamente el proceso mediante el cual la gran marea de la visión carismática pierde, por decirlo así, su ímpetu inicial y se desinfla, difumina y, en cierto sentido, se extingue.

Hay otro efecto no menos importante sobre este proceso, la clave del cual está en los conceptos de «carisma de la función» (*Amtscharisma*), del parentesco (*Gentilcharisma*) y de carisma hereditario (*Erbcharisma*) (23). Como es bien sabido, estos conceptos, y especialmente el de carisma de la función, los ha empleado Weber para denotar el proceso mediante el cual las caracte-

(23) MAX WEBER: *The Theory of Social and Economic Organization*, op. cit., páginas 334-342. Ver el cap. 2.

ísticas inhabituales, carismáticas, se transfieren, por decirlo así, de la personalidad singular o del grupo inestructurado a una realidad institucional regular.

En cierto modo, la prueba de todo gran caudillo carismático es no sólo crear un único acontecimiento o gran movimiento, sino también su capacidad de dejar un efecto continuo sobre una estructura institucional: transformar un marco institucional dado transfiriéndole algo de su visión carismática, incorporando esta visión a tal marco institucional e invistiendo de este modo los cargos regulares, normales, o aspectos de la organización social, con algunas cualidades y aura carismáticas.

Por tanto, parece borrarse aquí la dicotomía entre lo carismático y la rutina normal, regular, de la organización social, para reavivarse de nuevo sólo en situaciones de desorganización y cambio social intensos, extremados.

Pero sólo lo parece. En realidad, los conceptos de carisma de la función, del parentesco o hereditario y su repercusión analítica no borran esta distinción, sino que la transfieren, de distinción entre situaciones totales, a distinción entre elementos o componentes analíticos de las acciones y relaciones sociales, que les son esenciales, aunque en diverso grado.

Encaramos, así, la necesidad de definir el carácter de la cualidad, actividades y orientaciones carismáticas, de tal modo que podamos explicar tanto su distinción de las actividades «rutinarias», «ordinarias», como la posibilidad de su entrelazamiento en las situaciones concretas.

VI

Quizá, el mejor modo de abordar la resolución de este problema sea analizar la atracción de lo carismático, la búsqueda de participación en el acto y grupo carismáticos y el carácter de la situación social en la que las personas puedan quedar sensibilizadas especialmente a tal atracción.

¿Qué hay en lo carismático que atraiga a las personas, que las haga dispuestas a seguir al caudillo carismático, aceptar su llamamiento para que entreguen sus recursos, sean recursos materiales, tiempo o lazos y compromisos sociales, para realizar su visión? Y, ¿cuándo están las personas más preparadas y dispuestas a seguir su atracción?

Weber, en sus propios escritos, no trata este problema —como tantos otros— de modo completamente explícito. De muchas maneras da en ellos, por supuesto, el carácter de la atracción carismática, aunque, desde luego, podemos encontrar algunas indicaciones importantes.

Este dar por supuesta la atracción carismática se ha hecho aún más preva-

lente —sin la penetración de Weber— en análisis posteriores. En este respecto, un enfoque muy corriente, que podríamos encontrar a menudo de modos diferentes en muchas partes de la investigación sociológica y psicológica, y muy de acuerdo con el énfasis sobre lo carismático como algo extraordinario, tendía a subrayar la anormalidad general de la predisposición a lo carismático.

La predisposición a aceptar el caudillaje carismático ha sido atribuida a menudo en este enfoque a ciertas condiciones semipatológicas o socio-psicológicas. La propia formulación de Weber parecería apoyar semejante interpretación. Así sugiere que el carisma «puede implicar una reorientación subjetiva o interna nacida de padecimiento, conflictos o entusiasmo» y que ello puede ocurrir «en tiempos de turbación síquica, física, económica, ética, religiosa o política» (24).

Por tanto, puede parecer que son principalmente los trastornados, los desorientados, los enajenados, quienes suelen responder a tales atracciones, y que suelen ser ellos quienes llegan a ser preeminentes en situaciones extremadas de cambio social y perturbaciones. Es en situaciones de tensión o, para emplear términos de Durkheim, de anomia cuando cada vez más personas suelen sentirse desamparadas, enajenadas y desorientadas, y creen que la sociedad en la que viven carece de sentido y de norma; que sus propias tendencias patológicas se fortalecen y las personalidades más patológicas pueden hacerse más prominentes y encontrar mayor campo de actividades.

Pero este enfoque plantea muchas cuestiones que no puede tratar, principalmente por estar tan de acuerdo con aquella idea del carisma que lo considera totalmente opuesto a toda vida social ordenada y no puede explicar la continua atracción potencial de lo carismático en situaciones al parecer regulares y rutinarias.

¿Atrae el carisma sólo a algunas predisposiciones patológicas, potencialmente presentes siempre entre todas las personas o, al menos, entre algunas? Aun cuando supongamos que ciertas tendencias «patológicas» existan siempre de hecho, toda cualidad carismática, ¿atrae igualmente a todas ellas? Y, ¿qué significa que las atraiga? ¿Alimenta sencillamente esas tendencias patológicas reforzándolas o intenta resolver algunas de ellas? Y, ¿qué origina tal resolución? Y toda situación de tensión o de anomia, ¿intensifica tales tendencias patológicas? ¿Cuáles son las condiciones bajo las cuales aparecen los caudillos que poseen sólo las cualidades carismáticas destructoras de instituciones, en oposición a los que son capaces también de crearlas nuevas?

Todos estos problemas, de algún modo —explícito o implícito, sistemático

(24) MAX WEBER: *The Theory of Social and Economic Organization*, págs. 245, 359 y 363.

c *ad hoc* e intermitente—, han constituido centros de diversas tendencias de investigación de la ciencia social a partir de Weber.

Así, por ejemplo, la teoría psicoanalítica y las teorías de la percepción y del conocimiento —y, especialmente, de la disonancia cognoscitiva— han examinado algunas condiciones psicológicas bajo las cuales ocurre la desorientación que predispone a las personas a aceptar nuevos símbolos, así como algunos atributos de la personalidad, tanto del caudillo carismático como de quienes sucumben a su atracción (25).

Los estudios de los movimientos religiosos y de la conversión religiosa han procurado mucha comprensión de un aspecto de este proceso, mientras que los estudios del caudillaje político y de la participación, actitudes e ideología políticas —como los de la «personalidad autoritaria» (26)— han arrojado luz a los fenómenos del campo político.

Ultimamente, muchos estudios macrosociológicos —en especial los que tratan de sociedades subdesarrolladas— han reconocido también la importancia de analizar el carácter de tal atracción (27).

VII

Podemos derivar una comprensión más plena del carácter de la atracción de lo carismático del análisis del carácter de las situaciones sociales en las que el individuo queda especialmente sensibilizado a tal atracción. Las predisposiciones a ella, aunque es probable que estén distribuidas desigualmente entre los individuos, no están encarnadas al azar en la estructura institucional, y es necesario por ello identificar el carácter exacto de las situaciones en que se manifiestan especialmente tales predisposiciones.

(25) LEON FESTINGER: *Theory of Cognitive Dissonance* (Row & Peterson), Evanston (Ill.), 1957. JACK W. BREHN y ARTHUR R. COHEN: *Explorations in Cognitive Dissonance* (John Wiley), Nueva York, 1962.

(26) V., entre otros: T. W. ADORNO: *The Authoritarian Personality*, Nueva York, 1950. NORMAN CHON: *The Pursuit of the Millenium*, Londres, 1957. LEON FESTINGER, HENRY W. RIECKEN y STANLEY SCHACHTER: *When Prophecy Fails*, Mineápolis, 1946. YONINA TALMON: «Pursuit of the Millenium - the Relation between Religious and Social Change», *European Journal of Sociology*, vol. 3, 1962, págs. 125-149; «Millenarian Movements», *European Journal of Sociology* (en preparación). ANTHONY F. WALLACE: «Revitalisation Movements», *American Anthropologist*, vol. 58, 1956; *Culture and Personality*, Nueva York, 1962.

(27) V., por ejemplo: E. SHILS: «The Concentration and Dispersion of Charisma: Their Bearing on Economics», *World Politics*, vol. XI, núm. 1, octubre 1958, págs. 1-19. DAVID APTER: *The Politics of Modernization*, Chicago, 1966.

Como en otros muchos campos de investigación, hay relativamente poca exposición sistemática de este problema en la propia obra de Weber, aunque podemos encontrar gran abundancia de indicaciones. Algunas de ellas —pero sólo algunas— han sido recogidas, junto con otras que Weber no desarrolló en la ulterior teoría e investigación sociológica y antropológica.

Los estudios antropológicos y sociológicos han probado abundantemente que es en diversas ocasiones rituales, por una parte, y en diversos tipos de lo que podemos llamar situaciones comunicativas, por otra, cuando se manifiesta especialmente el encuentro entre el individuo y los diversos aspectos carismáticos de las acciones sociales y culturales.

Quizá, el aspecto más plenamente probado de los primeros tipos de situaciones puede encontrarse en la abundante obra sociológica y, especialmente, antropológica sobre las ocasiones rituales más estrechamente relacionadas con los *rites de passage* individuales y colectivos, sean rituales de nacimiento, iniciación, boda y muerte durante la vida del individuo o de los primeros frutos, las conmemoraciones colectivas u otros tipos de ceremonias colectivas en la vida de la colectividad (28).

Pero aun en los estudios antropológicos, que por su mismo carácter suelen subrayar las situaciones más plenamente ritualizadas, abundan las ilustraciones del hecho de que la receptividad a tales cualidades y actividades carismáticas impregna los tipos más regulares y rutinarios de las actividades sociales, sean los asuntos económicos, comunitarios o las actividades regulares político-administrativas.

Lo cual se hace mucho más evidente a partir de un campo, al parecer, muy lejano al de las obras sobre lo carismático, a saber, el campo de los modernos estudios sobre la comunicación.

Es muy significativo que, si bien algunos de los enfoques iniciales implícitos en estos estudios suponían que la orientación o predisposición relativamente intensa a recibir diversos tipos de comunicaciones —especialmente simbólicas— son en su mayor parte de carácter semipatológico y que están arraigadas en la tensión y la deformación síquica, estos mismos materiales los han obligado gradualmente a reconocer, aun cuando sólo de modo parcial, si no plenamente sistemático, que —para emplear la formulación de Geertz—

(28) M. FORTES: *Eudipus and Job, in West African Religion*, Cambridge, 1959. MAX GLUCKMAN: *Rituals of Rebellion in South East Africa*, Manchester, 1954. S. F. NADEL: «The Gani Ritual of Nupe: A Study of Social Symbiosis», *Africa*, vol. 19, 1949, páginas 177-186. El origen de estas ideas se encuentra, desde luego, en la obra de su discípulo E. DURKHEIM: *The Elementary Forms of Religious Life*, Glencoe (Ill.), 1954. MARCEL MAUSS: *The Gift: Forms and Functions of Exchange in Archaic Societies*, Glencoe (Ill.), 1954. MARCEL MAUSS y HENRI HUBERT: *Sacrifice: Its Nature and Function*, Londres, 1964.

encaramos al respecto el encuentro del individuo con las medidas simbólicas-básicas de todo sistema social y cultural (29) y que están encarnadas en ciertos modos regulares en todo sistema institucional.

Un análisis más completo de tales situaciones comunicativas (30) indica de hecho que operan en su mayor parte en ciertos tipos definidos de situaciones sociales. Estas son: a) Situaciones de transición de una esfera institucional a otra o de actividad contemporánea en varias esferas institucionales o varios subsistemas de una sociedad; b) Situaciones en las que diversos subsistemas han de relacionarse directamente con los valores y actividades esenciales de una sociedad; c) Situaciones en que las personas se enfrentan con la opción entre diversos papeles, tareas y valores; d) Situaciones en las que pelagra o se rompe la rutina de un papel o grupo dado. En todas éstas, el individuo está colocado en una situación potencialmente ambigua, indefinida o conflictiva, en la que peligran toda su identidad, la imagen de su posición y la continuidad de la percepción y la acción. Es entonces cuando pueden ser especialmente sensibles a la general atracción y comunicación carismática, especialmente en cuanto éstas tienden a definir la situación de modo moral y perceptivo: prescribir las normas de conducta adecuadas; relacionar al individuo con la identificación colectiva y reasegurarle su posición y su puesto en una colectividad dada (31).

VIII

Y, sin embargo, todas estas obras no han podido darnos todavía un enfoque sistemático y adecuado de los problemas de la atracción de lo carismático y del carácter de las situaciones en que se encarna y se sensibiliza especialmente la conformidad con lo carismático. Lo cual se debe no sólo al carácter naturalmente intermitente y azaroso de toda empresa científica, sino también al hecho de que no se han expuesto y formulado de modo plenamente explícito los cruciales problemas y variables diferenciadoras, y especialmente los que distinguen entre las generales predisposiciones antinómicas y antiautoritarias los sentimientos generales de enajenación, por una parte, y las predisposiciones más específicas a aceptar ciertas nuevas soluciones «cons-

(29) C. GEERTZ: «Ideology as a Cultural System»: D. APTER (ed.): *Ideology and Discontent*, Nueva York, 1964, págs. 47-77.

(30) V., para más detalle: S. N. EISENSTADT: «Communication and Reference Group Behavior»: *Essays on Comparative Institutions*, Nueva York, 1965, págs. 323-340.

(31) *Op. cit.*

fructivas» a esas experiencias desorientadoras, por otra; entre las tendencias desviadas y patológicas de la personalidad que refuerzan tales sentimientos de enajenación y las más constructivas, que facilitan la resolución de semejante ambivalencia, entre los distintos tipos de carisma.

Quizá el enlace más importante que falta en todo este terreno es la comprensión más plena y sistemática del carácter de la orientación y del vínculo carismático como tipo distinto de acción social. Sólo cuando se reconocía plenamente que este vínculo no es algo «anormal», podrán reconocerse de modo más pleno y estudiarse sistemáticamente las diferencias entre las manifestaciones más extremadas y más «rutinarias» del carisma. Así lo ha hecho últimamente Shils (32). Permítasenos que lo citemos aquí:

«... La cualidad carismática de un individuo, en cuanto advertida por otros o por él mismo, está en lo que se cree ser su relación (incluso la posesión o la encarnación) de algún rasgo *muy esencial* de la existencia del hombre y del mundo en que vive. Esta esencialidad, emparejada con la intensidad, lo hace extraordinario. La esencialidad está constituida por su poder conformativo en la iniciación, creación, el dominio, la transformación o la destrucción de lo que es vital en la vida humana. Este poder esencial, en el curso de la existencia humana, ha sido entendido a menudo como de Dios, el poder gobernante o creador del universo, o cierto poder divino u otro transcendental que dirige o influye marcadamente la vida humana y el mundo en el que existe. Este poder esencial quizá sea un principio o principios fundamentales, una ley o leyes que dirigen el universo, la fuerza básica e impulsora del universo. Pudiera creerse que reside en los principios últimos del Derecho que debieran gobernar la conducta del hombre, emanados o derivados de la naturaleza del universo y esenciales a la existencia humana, discernidos o dilucidados por el ejercicio de los poderes más fundamentales, racionales y expresivos del hombre. El descubrimiento científico, la proclamación ética, la creación artística, la autoridad política y organizativa (*authoritatem auctor*, autoría) y, de hecho, todas las formas del genio, en el sentido originario de la palabra, como penetración por el "espíritu", son tan ejemplos de la categoría de las cosas carismáticas como lo es la profecía religiosa...

»... Este concepto ampliado de la propiedad carismática (en cuanto advertida por alguien conforme con ella, incluida la misma "persona carismática" alude a un suceso vital, "grave", últimamente simbólico, una de cuyas muchas formas es la divinidad. La presunta relación con lo divino, la posesión de poderes mágicos, son sólo modos de ser carismáticos. La relación

(32) E. SHILS: «Charisma, Order and Status», *American Sociological Review*, vol. 30, abril 1965, págs. 199-213.

con esta clase de sucesos vitales, "graves", puede alcanzarse mediante la sabiduría reflexiva o el disciplinado talento científico, o la expresión artística o la poderosa y resuelta acción transformadora de la realidad. Todos éstos son además modos de relación con algo muy "grave", en el sentido de Durkheim, o encarnación suya, que se cree es, y de esta manera se hace, esencial o fundamental a la existencia humana...

»... La mayor parte de las personas, porque sus dotes son inferiores o porque carecen de oportunidades para desarrollar las capacidades pertinentes, no alcanzan esta intensa relación. Pero la mayoría de quienes no pueden alcanzarla son conformes, al menos intermitentemente, a sus manifestaciones en las palabras, acciones y productos de otros que la han logrado. Son capaces de tal apreciación y en ocasiones sienten su necesidad. Por medio de la cultura que adquieren y de su interacción con los 'relacionados más estrechamente' (y su percepción de éstos) con lo cósmica y socialmente esencial, se fortalece y eleva su propia conformidad más débil...

»... Todas estas "relaciones" carismáticas pueden manifestarse intensamente en las cualidades, palabras, acciones y productos de personalidades individuales, lo que ha sido subrayado por Weber y ha entrado en la sociología contemporánea. Pero también pueden llegar a residir, con diverso grado de intensidad, en instituciones —en las cualidades, normas y creencias que se espera posean o a las que adhieran los miembros— y, en forma atenuada, en categorías de estratos de los miembros de una sociedad...» (33).

Aquí se salva la falla, al menos parcialmente, entre lo carismático como suceso o cualidad extraordinaria y como elemento constitutivo de toda vida social regular. La búsqueda de sentido, concordancia y orden no es siempre algo extraordinario, algo que sólo exista en situaciones extremadamente perturbadas o entre personalidades patológicas, sino también en todas las situaciones estables, aun cuando se centre necesariamente sobre ciertas partes específicas de la estructura social y del espacio vital individual.

Pero reconocer que en la mayor parte de las situaciones sociales existe cierta predisposición a aceptar la atracción carismática, y que existe cierta búsqueda de sentido y orden, que lo carismático no sólo significa el poder de destruir las instituciones existentes, sino que implica también el problema de la capacidad de crear nuevas texturas institucionales, no sólo plantea de nuevo el problema de las relaciones entre lo carismático y lo ordinario en la estructura de toda relación, organización e institución social, sino que añade una nueva dimensión a este problema. Exige mayor diferenciación entre diferentes tipos de carisma y, especialmente, entre lo que podemos llamar los

(33) *Ibid.*, págs. 201-202.

aspectos destructivos de las actividades carismáticas, es decir, la mera capacidad de destruir, mediante la atracción de lo extraordinario, las instituciones existentes, en oposición a la capacidad de transformar tal cualidad carismática en actividades y organización más rutinizadas; entre la posesión de sólo algunas cualidades extraordinarias, estimulantes, y la combinación de estas cualidades con la capacidad de reorganizar el orden simbólico y cognoscitivo e institucionalizarlo, es decir, imponer o erigir un orden institucional en el que se encarne en cierta medida esta nueva visión del orden.

Weber, desde luego, advirtió plenamente la importancia, al menos, de este problema general de las relaciones entre lo carismático y lo ordinario, y extensas partes de su obra, probablemente de igual espacio que las dedicadas a analizar el carisma *per se*, se consagran al análisis de lo que podemos llamar las relaciones sociales «ordinarias» y de su posible entrelazado con lo carismático. Es sólo mediante la confrontación de este análisis con el de las situaciones puramente carismáticas como puede examinarse la plena repercusión de su encuentro.

IX

El mejor punto de partida para analizar el enfoque por Weber de lo que podemos llamar las relaciones sociales «ordinarias», «rutinizadas», puede hallarse en sus definiciones del carácter de las relaciones sociales como dadas, en los conocidos pasajes de *Wirtschaft und Gesellschaft*, donde expone sus conceptos de la actividad humana en general y de las relaciones sociales en particular, que fueron de importancia tan crucial para el desarrollo del pensamiento sociológico.

Define la acción «social» como la «acción orientada a la conducta pasada, presente o futura de otros», mientras que «la relación social denota la conducta de una pluralidad de actores, en tanto la acción de cada uno, en su sentido, tenga en cuenta la de otros y se oriente en estos términos» (34).

A partir de este concepto, relativamente sencillo, pero básico, el análisis por Weber de las relaciones y la organización sociales diverge gradualmente en dos direcciones complementarias. Una de ellas es el análisis del carácter, de lo que podemos llamar, en la jerga sociológica más reciente, las propiedades y exigencias sistemáticas y organizativas de las relaciones, organizaciones e instituciones sociales. La otra es el análisis de los principales aspectos o tipos analíticos de la relación social: lo que podríamos llamar hoy las principales

(34) *Theory of Social and Economic Organization*, págs. 102-107; *Economía y Sociedad*, tomo I.

esferas institucionales de una sociedad —política, económica y jurídica—, las esferas de estratificación y la religiosa (o cultural).

Los diversos aspectos de las relaciones sociales (o esferas de actividades sociales) se incorporan gradualmente a su definición, de tal modo en cuanto a los diferentes elementos de las relaciones sociales continuas y estables más completas. Es en este respecto como se desarrollan las principales orientaciones de la acción «*zweckrational*» y «*wertrational*», afectivas y tradicionales, y su cristalización en diferentes uniformidades típicas, las costumbres, las modas, las convenciones, etc.: el análisis de los principales tipos de relaciones solidarias, comunitarias y asociativas (35).

Estas diversas definiciones exponen gradualmente lo que en nuestra jerga más reciente podemos llamar las diversas exigencias sistemáticas de las relaciones sociales estables y los grupos organizados, como el problema del orden legítimo o de las bases de la legitimidad, del conflicto y de su regulación en las relaciones solidarias y asociativas (36).

Con ánimo semejante se pone de relieve en su obra el segundo aspecto de las relaciones sociales organizadas, es decir, la definición de los diferentes campos institucionales de la actividad social: el económico, político, religioso, etc.

Así, por ejemplo: «Puede decirse que la acción es de orientación económica en tanto esté de acuerdo con su sentido subjetivo»; se ocupa de la satisfacción del deseo de «beneficios». La acción económica es el empleo pacífico, de orientación primariamente económica, del dominio de un actor sobre recursos (37).

Cada aspecto semejante o tipo institucional, esencial como lo es a toda relación u organización social estable, crea sus propias exigencias y «necesidades» específicas. En cada relación social estable hay, en primer lugar, las necesidades o problemas sistemáticos esenciales a toda relación u organización social como tal. Pero, además de ello, están los problemas específicos de cada tipo de relación social o esfera institucional. Así, en las relaciones económicas son más predominantes los problemas organizativos de la división del trabajo, de la movilización y elaboración de los recursos y de la venta de los productos de las actividades económicas. En las relaciones políticas es el aseguramiento de lealtad y de capacidad administrativa lo de importancia crucial. Y, de modo semejante, en cuanto a otras esferas importantes de la

(35) *Theory of Social and Economic Organization*, págs. 104-105.

(36) *Ibid.*

(37) *Ibid.*, pág. 145. V. la definición de la acción política, del «dominio imperativo», en *ibid.*, pág. 159.

sociedad: la religión, la cultura, la educación o la estratificación social. La especificidad de cada uno de estos aspectos o esferas está en el carácter de su interdependencia sistemática con las demás esferas o aspectos. Cada uno de estos aspectos constituye un problema desde los puntos de vista de su propia esfera, como el mantenimiento del orden o de la obediencia en la esfera política constituye un requisito desde el punto de vista de las actividades económicas.

Bien es verdad, con relación a todos estos problemas, no encontramos en la obra de Weber un análisis sistemático del «carácter» o «problemas de una organización o sistema social en términos de necesidades o exigencias «sistemáticas», y es quizá en este terreno del examen de las cualidades sistemáticas de las relaciones sociales donde se han alcanzado los mayores avances y progresos después de Weber en el análisis sociológico (38).

Pero la obra de Weber no sólo contiene gran riqueza de detalles y atisbos en cada uno de estos problemas, sino también muchas repercusiones cruciales sobre tal análisis sistemático, que no han sido desarrolladas plenamente en el análisis sociológico. Ello es cierto especialmente del modo como entiende Weber el proceso de creación de instituciones, del que puede derivarse, nos parece, esa exposición más completa de la relación de lo carismático con la vida social «ordenada».

X

¿Qué podemos aprender, pues, en la obra de Weber sobre el problema y carácter de los problemas y exigencias «sistemáticos» de la organización de los modos en que se crean los complejos institucionales?

Quizá sea el mejor modo de enfocarlo analizar algún caso concreto. Podrá servir de buena ilustración el de la condición del desarrollo de la burocracia, tan esencial en la obra de Weber. Si parafraseamos y formalizamos el análisis de Weber, podremos designar estas condiciones en la manera siguiente:

- 1) Se desarrolla un alto grado de diferenciación entre los papeles y las esferas institucionales principales (políticos, económicos, religiosos, etc.).
- 2) Los papeles cruciales de la sociedad no se distribuyen según los criterios de los miembros de los grupos primarios, particularistas (familiares y terri-

(38) V., especialmente: TALCOTT PARSONS: *The Structure of Social Action, Theory of Action*, Glencoe (Ill.), 1948; *The Social System*, Glencoe (Ill.), 1951. TALCOTT PARSONS, ROBERT F. BALES y EDWARD SHILS: *Working Papers in the Theory of Action*, Glencoe (Ill.), 1953.

toriales), sino, más bien, según criterios universales o de los miembros de grupos más flexibles.

3) Se desenvuelven muchos grupos funcionalmente específicos (económicos, culturales, religiosos, socio-integradores), no recubiertos por los grupos territoriales y familiares.

4) La definición de la comunidad total no es idéntica a la de cualquier grupo particularista semejante y, en consecuencia, es más «amplia».

5) El sistema de valores de la sociedad desenvuelve amplias orientaciones de grupo y contiene ciertos elementos universalistas.

6) Los grupos y estratos principales de la sociedad desenvuelven, sostienen e intentan realizar numerosos objetivos políticos, económicos o de servicio social que no pueden realizarse dentro de la limitada textura de los grupos adscriptivos, familiares y territoriales dados. La consecución de estos objetivos requiere la coordinación en gran escala de actividades especializadas y de expertos.

7) Existe una dura competencia entre diferentes grupos sobre el orden de prioridad de diferentes objetivos y por los recursos necesarios para la consecución de esos objetivos (39).

En consecuencia, los diversos grupos y esferas institucionales de la sociedad tienen que competir por los recursos, el personal y el apoyo, y las principales esferas sociales se enfrentan con muchos problemas regulativos y administrativos. Las organizaciones orientadas a los objetivos, en general, y las organizaciones burocráticas, en particular, se desenvuelven bajo tales condiciones porque pueden contribuir a la consecución de objetivos relativamente diferentes, a la provisión de recursos y a la regulación de las relaciones y conflictos entre grupos, mientras que la existencia de tales recursos libres facilita el mantenimiento de las actividades de las organizaciones.

Después de este análisis podemos distinguir varios tipos diferentes de condiciones de la institucionalización burocrática. Algunas de estas condiciones, como el desarrollo de la diferenciación social, indican los modos en que ciertos tipos de «necesidades» se desarrollan y se organizan entre ciertos estratos dentro de la sociedad. La especificación de estas condiciones postula que, bajo ciertas condiciones societarias, pueden desarrollarse necesidades que los grupos, organizaciones e instituciones existentes no sean capaces de satisfacer, y que, por inferencia, estén dispuestos a pagar algo, y puedan, por la satisfacción de tales necesidades.

(39) Esta paráfrasis sigue a: S. N. EISENSTADT: «Bureaucracy, Bureaucratization, Markets and Power Structure»: *Essays on Comparative Institutions*, Nueva York, 1965, páginas 185-186.

Otras condiciones —como la existencia, dentro de la sociedad en su conjunto o de sectores de ella, de trabajo móvil o de ciertas normas legales— especifican tipos de recursos y texturas sin los cuales sería imposible mantener los tipos de organización que podrían contribuir a satisfacer tales necesidades diversas.

En último lugar —y ahora tocamos algo ya por encima de la rutina y lo ordinario— puede discernirse también otro tipo de condición, a saber, la medida en que existan personas, emprendedores, que puedan y estén dispuestas a invertir parte de sus propios recursos (como capital, tiempo, iniciativa en el establecimiento y mantenimiento de organizaciones) para satisfacer diversas necesidades y deseos de otras personas. La mayor parte de las explicaciones de la burocracia —la propia de Weber y muchas subsiguientes— han supuesto que este tipo de emprendedores aparecerá siempre (40). Sin embargo, ni siquiera esto podemos darlo por supuesto y tenemos que preguntarnos, en primer lugar, si pueden aparecer en absoluto y bajo qué condiciones; en segundo lugar, dónde están colocadas tales organizaciones en la estructura social; en tercer lugar, qué diferentes tipos de tales emprendedores, empleando diferentes recursos, pueden surgir y cómo puede afectar su diferente colocación en la estructura social a las características de los grupos que organizan.

XI

Es este aspecto del proceso de institucionalización o de creación de instituciones el que pone ya en relieve sus aspectos menos ordinarios, menos «rutinizados».

Podemos examinar este aspecto en dos estudios, o desde dos puntos de vista, ambos derivados del análisis de Weber, pero explicados por él en grado diferente.

El primero de tales aspectos está arraigado en el hecho, antes mencionado, de que, en la cristalización de las texturas institucionales, representan un papel crucial las personas que muestran una capacidad especial de establecer orientaciones amplias, proponer normas nuevas y expresar nuevos objetivos, pero que la existencia de tales personas, o su orientación y actividades concretas, no está asegurada siempre ni determinada por el desarrollo de las diversas «necesidades» entre los diferentes grupos de una sociedad. Pero, aun cuando aparezcan algunos de tales grupos, emprendedores, no está dado o es predeterminado el modo en que actuarán, el tipo de instituciones que crearán,

(40) Véase el cap. 2.

porque pueden variar en gran medida las concretas y amplias orientaciones y objetivos que puedan desarrollar.

Llegamos así al segundo aspecto de las actividades y cualidades no rutinizadas en el proceso de creación de instituciones, que, de hecho, ha sido explicado en gran parte por Weber.

Su análisis muestra que la gran variedad y variabilidad de los diferentes tipos de formas organizativas que pueden encontrarse dentro de los principales campos institucionales no se limita a las puras exigencias organizativas de esos campos, y que aún las exigencias organizativas son influidas en gran medida por un aspecto más del proceso de creación de instituciones.

Weber indicó a través de toda su obra que las esferas política, económica, jurídica, religiosa y «social» (de estratificación, etc.) no son sólo aspectos organizativos de cualesquiera relaciones o instituciones sociales relativamente estables, sólo medios organizativos para alcanzar los objetivos, por decirlo así, fuera de ellas. Constituyen también ámbitos de objetivos, de «fines» de potenciales «sentidos» más amplios, generales, hacia los cuales están orientadas las actividades de los participantes. Constituyen parte de la materia de la cual, para emplear de nuevo la terminología de Geertz, «se establecen las medidas simbólicas para la organización de los procesos sociológicos» (41).

Dentro de cada una de estas esferas existen capacidades y potenciales innovadores casi infinitos para la «creación» de tales sentidos, medidas simbólicas y objetivos. Lo cual es cierto no sólo de la religión y del arte, sino también de algunas de las esferas más organizativas, como la política y la economía.

La riqueza inigualada del análisis comparativo de Weber tiene su raíz en no poco grado en la sutilidad de su percepción de esta gran variedad de objetivos y sentidos potenciales, de su reconocimiento de que muchas de las llamadas posibilidades organizativas que se encuentran en diferentes tipos de campos institucionales están basadas en esta gran variedad. También reconoció —al contrario que los diversos determinismos sociológicos— que, aunque estos objetivos y su contenido concreto no están fijados en ninguna situación, es en la misma predisposición al desarrollo de tales sentidos amplios, medidas simbólicas y objetivos donde se manifiesta más plenamente la búsqueda de un orden con sentido, tanto en la esfera simbólica como en la institucional y en las interrelaciones entre ellas.

Es esta misma no determinación, muy relativa, del contenido de tales medidas simbólicas y objetivos la que pone de relieve su misma estrechísima

(41) C. GEERTZ: «Ideology as a Cultural System»: D. APTER (ed.): *Ideology and Discontent* (Free Press), 1964, esp., págs. 62-63.

relación con lo carismático, con lo extraordinario y con su relación con los procesos de creación de instituciones.

Lo cual revela, una vez más, que no sólo es aspecto crucial de la personalidad o grupos carismáticos la posesión de ciertas cualidades extraordinarias, estimulantes, sino también la capacidad de reordenar y reorganizar, mediante esas cualidades, el orden simbólico y el cognoscitivo, lo cual es potencialmente esencial a tales orientaciones y objetivos generales y al orden institucional en que se encarnan esas orientaciones; y que el proceso de rutinización del carisma se centra alrededor de la capacidad de combinar la reordenación de estas dos esferas de la existencia humana y de la vida social.

XII

Estas derivaciones del enfoque por Weber de lo carismático, así como las de su enfoque más general de la creación de instituciones —que, quizá, en cierta medida vayan más allá de Weber— originan una reformulación de la idea general prevalente en la sociología contemporánea sobre el carácter de los procesos de institucionalización.

Si intentamos explicar más enteramente las repercusiones sistemáticas de este enfoque, podemos llegar a una formulación que considere la creación de instituciones, resultado de la interacción entre diferentes personas o grupos que encuentran útil, desde el punto de vista de la consecución de sus diversos objetivos, emprender procesos en intercambio con otras personas (42). Pero los individuos o grupos que entran en tal intercambio no están distribuidos al azar en cualquier sociedad. Este intercambio ocurre entre personas colocadas en lugares estructuralmente diferentes, esto es, en diferentes lugares culturales, políticos, familiares o económicos, que pueden ser en sí resultado de anteriores procesos de intercambio institucional. Sus mismas aspiraciones y objetivos están influidos en gran parte por sus diferentes lugares estructurales y sus precedentes marcos organizativos. De modo semejante, los recursos a su disposición —como personal, dinero, apoyo político o identificación religiosa— están determinados por estos lugares institucionales y varían según las características específicas de las diferentes esferas institucionales. Estos recursos sirven como medios para alcanzar diversos objetivos individuales, y pueden convertirse ellos mismos en objetivos u objeto de empeños individuales. Pero tales recursos muestran siem-

(42) S. N. EISENSTADT: «The Study of Processes of Institutionalization, Institutional Change and Comparative Institutions»: *Essays on Comparative Institutions*, Nueva York, 1965, especialmente, págs. 16-40.

pre cierta tendencia a quedar organizados en modos específicos, autónomos, según los rasgos específicos de sus diferentes esferas institucionales: lo que puede verse, por ejemplo, en el hecho de que el intercambio de recursos económicos está organizado en toda sociedad de modo diferente al de los recursos políticos o religiosos. En cada esfera institucional existen ciertos requisitos mínimos para su funcionamiento efectivo, junto con ciertas básicas características estructurales y tipos de bienes, y la cristalización de todo sistema institucional —esto es, de cualesquiera normas concretas y texturas de intercambio— se fija dentro de amplios límites por las consideraciones anteriores. Con otras palabras, la cristalización depende de la forma que adoptan el lugar, el poder y las necesidades de los diversos grupos e individuos en toda situación dada.

XIII

Esta reformulación general de las características de los procesos de institucionalización plantea necesariamente una serie de cuestiones sobre las condiciones de aparición y éxito —o fracaso— de los caudillos y símbolos carismáticos, sobre los procesos por cuyo medio se encarnan las actividades y símbolos carismáticos en texturas institucionales y, en último lugar, sobre la relación entre las características y procesos de cambio y transformación social.

Naturalmente, no todas estas cuestiones o problemas son nuevos. Esta misma reformulación deriva de la propia de Weber, en la que se han tratado muchos de estos problemas, incluso de modo indirecto, pero es obvio que exige una reapreciación de ellos.

Podemos comenzar por el problema de los *mecanismos* y procesos mediante los cuales se encarna lo carismático u «ordenador» en la estructura institucional.

Entre los sociólogos modernos, Weber, efectivamente, se acercó más a reconocer este problema al subrayar que la creación de nuevas estructuras institucionales depende en gran medida del «impulso» dado por diversas personalidades o grupos «carismáticos» y que la rutinización del carisma es decisiva para la cristalización y continuación de la nueva estructura institucional. El desarrollo de tales personalidades o grupos «carismáticos» constituye quizá la analogía social más próxima a la «mutación», y el grado de su capacidad para abrir un camino viable puede ser un factor importante en el proceso de supervivencia, o «selección», de diferentes sistemas sociales. Así, al analizar brevemente la exposición por Weber del proceso de desarrollo de la organización burocrática, hemos visto que uno de sus problemas más cruciales es la presencia o ausencia, en una o varias esferas institucionales, de un grupo activo de «emprendedores» especiales o de una élite capaz de ofrecer soluciones —de

ofrecer nuevas adquisiciones, medidas simbólicas y objetivos— a nuevas series de problemas que suelen desenvolverse en toda situación de cambio.

Lo cual señala una vez más la importancia de estudiar las condiciones de desenvolvimiento de tales personas, emprendedoras, carismáticas, de sus atributos psicológicos y conductistas, así como las condiciones bajo las cuales puedan realizar su idea, problema sobre el que existen varios estudios y datos descriptivos, pero pocos análisis sistemáticos hasta ahora (43). Dentro de esta general textura sería muy importante poder especificar las condiciones de anomia y enajenación que originan la aparición de todo tipo de actos, personalidades y símbolos carismáticos, en oposición a las condiciones en que tienden a aparecer personalidades carismáticas capaces de crear nuevas estructuras simbólicas e institucionales.

Pero, aun cuando supiésemos algo más sobre estas condiciones, tendríamos todavía ante nosotros el problema de cómo se encarnan exactamente esas nuevas orientaciones y objetivos en el proceso de creación de instituciones. Este problema pone de relieve otro aspecto más de este proceso, poco examinado hasta ahora, y que subraya que la creación de instituciones no se basa solamente en el intercambio directo o indirecto de diversos recursos institucionales entre individuos o grupos que intentan emplearlos para alcanzar sus objetivos.

Además, incluye necesariamente el intercambio, por una parte, entre los individuos o grupos que pueden expresar diversos objetivos colectivos y cristalizar normas válidas aceptables, y, por otra parte, los individuos, grupos o estratos que están dispuestos a «pagar» algo por la cristalización y el mantenimiento de tales normas. El pago no se hace en forma de un «bien» equivalente, como el establecimiento de otros tipos de normas u objetivos, sino ofreciendo a cambio tipos completamente diferentes de recursos, como dinero o apoyo político. Es de suponer que estén dispuestos a proporcionar ese pago porque la expresión de objetivos y normas procura cierta especie de respuesta a un sentimiento de necesidad de cierta estabilidad general y orden o a diversas necesidades más específicas que puedan surgir en situaciones diferentes. Por consiguiente, la capacidad de crear y cristalizar esas amplias orientaciones simbólicas y normas, expresar diversos objetivos, establecer texturas organizativas y movilizar los recursos necesarios para todos estos fines (como la disposición a invertir en las actividades adecuadas) es un aspecto o componente básico del flujo de creación de instituciones en toda sociedad.

(43) DAVID C. MCCLELLAND: *The Achieving Society*, Princeton, Nueva York, 1961. LEON FESTINGER, HENRY W. RIECKEN y STANLEY SCHACHTER: *When Prophecy Fails*, Mineápolis, 1956. Y, también, las diversas obras sobre movimientos religiosos y sociales antes citadas.

Es de suponer que las personas de tal posición o que aspiran a ella sean especialmente sensibles a lo que podemos llamar las «necesidades» societarias y que pueden orientarse a asumir las actividades y problemas que pueden ser necesarios para el mantenimiento y continuidad de las organizaciones e instituciones sociales dadas. Pero están siempre interesados en el mantenimiento y continuidad no sólo, o principalmente, de la sociedad en general, sino de cierto tipo específico de organización que conviene mejor a sus propias orientaciones y objetivos. La concreta textura institucional que surge en toda situación dada es resultado, no sólo de cierta adecuación general de una solución dada propuesta por tales personas a los grupos actuantes en esta situación, sino también del relativo éxito de diferentes grupos competidores de tales dirigentes y emprendedores, que intentan imponer, mediante una mezcla de técnicas coercitivas, manipulativas y persuasivas, su propia solución particular a una situación dada (44).

Pero han de examinarse todavía de modo sistemático los detalles exactos de la manera en que tales grupos o personas se forman y entran en esos tipos de intercambio.

Bien es verdad que las actividades de tales personas o grupos «fijadores de normas» no son, desde luego, enteramente casuales: son reguladas por su emplazamiento estructural, por los límites establecidos por las propiedades sistemáticas y «necesidades» de su propia esfera institucional y por las de otras, por el básico «núcleo estructural» de cada esfera o subesfera institucional y por el núcleo «coercitivo» de la estructura de las formas organizativas de las cuales parten.

Sin embargo, estos límites no están fijados plenamente en ninguna situación concreta; y el proceso de institucionalización es en gran medida un proceso de innovación de diversas medidas simbólicas, normas institucionales y texturas organizativas. En este respecto surgen varias cuestiones. En primer lugar, hemos de entender más plenamente las relaciones exactas en este tipo de intercambio y de organización institucional; bajo qué condiciones las personas están dispuestas a comprometerse ampliamente y cuáles son los recursos —y a qué precio— que están dispuestos a entregar para su participación en tales actividades y texturas carismáticas.

En segundo lugar, y en estrecha relación con lo primero, está el problema de la relación de estos tipos de actividades de tipos más regulares u ordinarios de actividades y texturas estructurales. Esta capacidad de fijar normas y organizar diversas texturas institucionales está estrechamente relacionada, desde luego, con la posesión de diversas posiciones y recursos institucionales básicos,

(44) S. N. EISENSTADT: «The Study of Processes of Institutionalization», *op. cit.*

como el poder, la riqueza o símbolos. Pero la mera posesión de tales recursos no es suficiente para asegurar la efectiva institucionalización de tales normas y la lograda expresión de diversos objetivos societarios. La capacidad especial de tal fijación de normas y de expresión de objetivos no está confinada siempre a las diversas posiciones jerárquicas superiores que representan las unidades estructurales dadas de una sociedad; de hecho, esta capacidad puede estar alterada con frecuencia, al menos en parte, sin atención a la jerarquía, aunque sabemos poco todavía sobre la condición de su distribución y de su aparición o activación (45).

XIV

Es aquí donde encontramos, tanto en la obra de Weber como, por efecto, en análisis sociológico más general, el punto crucial de encuentro entre los aspectos «carismáticos» y los «ordinarios», rutinarios, organizativos o institucionales de las relaciones sociales. Quizá, la exposición más completa de este encuentro la hizo Weber en su definición de las relaciones entre los «intereses» y las ideas.

«Los "intereses" (materiales e ideales) guían directamente los actos de los hombres. No obstante, la "visión de la vida" creada por las ideas ha indicado frecuentemente, como hemos señalado, las líneas a lo largo de las cuales el poder dinámico de los intereses impulsa la acción. La "visión de la vida" determinará de qué y para qué alguien quiera y —digámoslo así— pueda ser "salvado". De la servidumbre política o social a algún reino mesiánico futuro, o de algún mal absoluto y servidumbre a algún reino mesiánico futuro en este lado de la tumba, o de algún mal absoluto o servidumbre al pecado hacia un estado de bendición libre y perpetuo. En el seno de algún Padre divino, o de las cadenas de lo finito y la amenaza del infierno, manifiesta en la pena, el malestar y la muerte, a la sempiterna bendición en alguna existencia futura terrena o paradisíaca» (46).

De esta formulación, expresada como lo estaba en términos de las controversias contemporáneas alrededor de las teorías marxistas e idealistas, pueden derivar algunas ideas y repercusiones básicas de este enfoque sobre el análisis de los procesos de creación de instituciones. Este enfoque subraya que, en

(45) DAVID C. MCCLELLAND: *The Achieving Society*, *op cit.* Y la reseña de este libro por el autor del presente ensayo: S. N. EISENSTADT: «The Need for Achievement», *Economic Development and Cultural Change*, vol. XI, núm. 4, julio 1963, págs. 426-431.

(46) De la versión por MOMMSEN de los *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*, en: *International Social Science Journal*, *op. cit.*, pág. 30.

tal proceso, son evidentes dos aspectos básicos. Por una parte, existen las que podemos llamar las exigencias estructurales y organizativas de toda situación derivadas de las necesidades de la organización social en general o de alguna esfera o «tipo» específico en particular; las exigencias más específicas desarrolladas dentro de toda situación dada mediante los objetivos que se han desplegado dentro de ella con anterioridad, y que fijan la serie de los intereses y objetivos concretos existentes de los participantes en toda situación semejante.

Por otra parte, existen las medidas simbólicas, las orientaciones y los objetivos más generales hacia los que se dirigen esas actividades. Sin embargo, estas mismas medidas, orientaciones y objetivos no son «dados» desde el exterior. La provisión de tal «sentido», la determinación de tales objetivos, no es algo «nebuloso» allende la estructura social. El proceso de su definición y establecimiento constituye un aspecto básico de la creación de instituciones; una parte y parcela de toda estructura social y está incorporado a ella, aunque de modo diferente en sus diversas partes.

Sin embargo, esta misma ubicuidad de lo carismático, como veremos pronto con más detalle, es también una fuente de tensiones y conflictos continuos, esenciales a toda estructura social (47).

XV

El análisis precedente de los procesos de institucionalización de lo carismático —así como el análisis del carácter de las situaciones en que las personas son especialmente sensibles a lo carismático, que expusimos antes— plantea más agudamente el problema del carácter de las texturas o focos macrosociales, institucionales, más generales, dentro de los cuales están centrados la orientación, los símbolos o las actividades carismáticas.

Como es bien sabido, el análisis sociológico ha subrayado continuamente que son las esferas religiosa y política los focos más «naturales» o sedes institucionales de tales cualidades y símbolos carismáticos. Lo cual ha sido expuesto a menudo de modo más bien «rutinario»: como derivado principalmente de las específicas exigencias organizativas de estas esferas, de sus necesidades de legitimación o para mantener quietas y obedientes a las personas, reforzando así o exponiendo la teoría «semiconspirativa» del carisma o de la

(47) V.: R. BENDIX: «Max Weber's Sociology Today», *International Social Science Journal*, vol. XVII, núm. 1, 1965, págs. 9-22.

ideología y minimizando las cualidades básicas no derivativas de lo carismático y de las predisposiciones a lo carismático.

En este respecto, Shils proporciona una vez más los progresos más importantes por encima de este modo de análisis, y, especialmente, su exposición del «centro» como un aspecto distinto de toda textura institucional y como el lugar estructural de la institucionalización macrosocietaria del carisma (48).

Para citarlo de nuevo:

«La sociedad tiene un centro. Existe una zona central en la estructura de la sociedad. Esta zona central incide de varias maneras en quienes viven dentro del dominio ecológico en que existe la sociedad. La calidad de miembro de la sociedad, en más sentido que el ecológico de estar situado en un territorio limitado y de adaptarse a un medio afectado o configurado por otras personas situadas en el mismo territorio, está constituida por la relación con esta zona central.

»La zona central, *en cuanto tal*, no es un fenómeno situado espacialmente. Tiene casi un lugar más o menos definido dentro del territorio limitado en que vive la sociedad. Su centralidad, sin embargo, no tiene nada que ver con la geometría y, poco, con la geografía.

»El centro, o zona central, es un fenómeno del ámbito de los valores y las creencias. Es el centro del orden de símbolos, de valores y creencias, el que gobierna la sociedad. Es el centro porque es lo último e irreductible. La zona central participa del carácter de lo sagrado. En este sentido, toda sociedad tiene una religión "oficial", aun cuando esa sociedad, o sus exponentes e intérpretes, la entiendan, más o menos acertadamente, como secular, pluralista y tolerante. El principio de la Contrarreforma: *Cuius regio, eius religio*, aunque se haya relajado su rigor y suavizado su rudeza, retiene cierto núcleo de verdad permanente.

»El centro es también un fenómeno del ámbito de la acción. Es una estructura de actividades, de papeles y personas, dentro de la red de las instituciones. Es en estos papeles donde se encarnan y proponen los valores y creencias centrales» (49).

Esta exposición plantea muchas cuestiones y problemas nuevos. ¿Cuál es la estructura de tales centros y cuáles son sus relaciones estructurales con la periferia? ¿Cuántos centros que encarnan tal orientación carismática hay en una sociedad?; es decir, ¿el político, cultural, religioso o ideológico y otros centros? ¿Cuál es la relación entre las funciones de «orden» y «sentido» (es

(48) E. SHILS: «Centre and Periphery»: *The Logic of Personal Knowledge. Essays presented to Michael Polanyi*, Londres, 1961, págs. 117-131.

(49) EDWARD SHILS: «Centre and Periphery», *op. cit.*, pág. 117.

decir, carismáticas) de tales centros, por una parte, con la de sus actividades más organizativas y administrativas, por otra?

La cuestión quizás más crucial al respecto es el problema de la relación entre el centro o centros y la periferia, especialmente según la aspiración a participar en tales centros y las posibilidades de acceso a ellos. En la propia obra de Weber, de modo bastante paradójico, no se ha examinado plenamente el carácter de tal centralidad en su relación con los campos político y religioso. En cierto modo, se le daba por supuesto. Los aspectos y efectos estructurales de tal centralidad se recogían más completamente en su análisis de la estratificación social, en el que ha ido, efectivamente, allende el análisis posterior de la estratificación, análisis que, aun muy influido por él, no ha podido mantener el paso de las repercusiones de su propia obra.

El concepto esencial en el análisis sociológico posterior en este aspecto es el de prestigio, derivado en gran parte del concepto de Weber del honor (50). Como es bien sabido, se ha expuesto el prestigio en la mayor parte del análisis de la estratificación como una de sus tres dimensiones principales, siendo el poder y el dinero (o la riqueza) las otras dos. Pero, al mismo tiempo, era la menos especificada analíticamente. Se han descrito abundantemente tanto las bases (o criterios) de prestigio como, en especial, los efectos estructurales de su diferente distribución, pero no se han examinado por completo sus básicas aplicaciones analíticas. En cierta medida, se las daba por supuestas; a menudo, se las subsumía bajo el concepto de estilo de vida, o se las relacionaba con él, que, a menudo, como el mismo concepto de prestigio, servía como una especie de general categoría residual en los estudios de estratificación.

Sin embargo, de la propia obra de Weber y de la aplicación del precedente análisis del carisma, pueden derivarse importantes indicaciones para estos problemas.

Las inferencias importantes que pueden derivarse de este análisis son que las fuentes de prestigio, de la deferencia que unas personas rinden a otras, no están arraigadas sólo en su posición organizativa (de poder, económica, etcétera), sino también en lo que podemos llamar su diferente proximidad a las zonas, y su participación en ellas, que constituyen los focos institucionales de carisma, es decir, los diversos tipos de centros (político, cultural, etc.) o del carisma de diferentes cualidades colectivas o primordiales (51).

Si las raíces del prestigio se definen en gran parte por tal participación diferente y diversa en los focos carismáticos de las instituciones y los símbolos,

(50) Véase el capítulo 5.

(51) E. SHILS: *Charisma, Order and Status*, op. cit.

el *dominio* del grado de tal participación, del acceso a esos centros, se hará un aspecto muy crucial de la estructura social en general y de la estratificación en particular.

De este modo, el prestigio ya no se manifiesta solamente en la conducta y en la deferencia simbólica (por muy importantes que sean en sí), como a veces lo han supuesto muchos (pero no Weber), sino que, además, entraña el dominio del diferente acceso a la participación en tales centros.

Por consiguiente, tal participación es tanto un objetivo por derecho propio (a lo que ya hemos aludido brevemente al hablar de la propensión a invertir recursos en respuesta a la atracción carismática) como puede llegar a ser también un medio de intercambio a través del cual alcanzar otros objetivos, otros medios, como dinero, o poder, o servicios.

Pero tales cualidades carismáticas —y la búsqueda de participación en ellas— no están situadas alrededor de sólo un centro o esfera institucional, sino que se dispersan, aunque diferentemente, en todas las esferas institucionales. Por ello, las bases y criterios de prestigio, así como la distribución del dominio de ellos, varían naturalmente en gran medida entre diferentes sociedades, y a ellos debieran atender los intereses analíticos generales, así como los estudios comparados.

XVI

El reconocer la gran variedad y complejidad de los procesos de institucionalización de lo carismático, que se sitúa estructuralmente alrededor de los diversos centros y, simbólicamente, alrededor de la estructura de las básicas medidas simbólicas y del orden con sentido, nos lleva al problema del modo en que difieren entre las principales esferas institucionales los dos aspectos más importantes de la rutinización del carisma: el simbólico y el organizativo.

Dado que la búsqueda de orden es evidente a través de las principales esferas de una sociedad, y que no es algo puramente «abstracto» o simbólico, sino estrechamente relacionado con las exigencias y problemas organizativos de estas esferas, se sigue necesariamente que el proceso de rutinización del carisma y de las cualidades carismáticas necesarias para el logro de tal rutinización pueden diferir mucho entre las esferas institucionales.

Este problema de las diferentes cualidades carismáticas «adecuadas» a diferentes tipos de esferas institucionales lo ha tratado Weber sólo indirectamente, por medio de ilustración o de análisis de algunos aspectos del caudillaje

carismático en las diferentes esferas de la vida social. La descripción «ideal-típica» más completa de las personalidades y actividades carismáticas la ha trazado respecto de las esferas religiosa y política (52).

En ella se dan algunas diferencias obvias entre las cualidades u orientaciones carismáticas de las dos esferas. Así, el profeta o el mistagogo —aun siendo de diferente orientación básica— tienen que ser capaces en especial de organizar la esfera puramente simbólico-emotiva y de reestructurar los componentes emotivos de la personalidad, mientras que el dirigente político ha de mostrar cualidades u orientaciones diferentes al combinar una ordenación simbólica de la estabilidad *social* con el más menudo problema cotidiano de la administración (53).

De modo semejante, aunque menos explícito, encontramos alusiones o ilustraciones de las cualidades carismáticas necesarias al innovador en el ámbito jurídico y en el económico. En toda su obra sobre sociología del Derecho, el análisis de Weber expone la característica específica del concepto jurídico del orden en cuanto de diferentes repercusiones simbólicas y organizativas al del político y del religioso, aunque, desde luego, están a menudo estrechamente relacionados (54).

Quizá sean al respecto de especial interés su análisis del emprendedor económico en general y del capitalismo moderno en particular. En él intenta mostrar que, incluso en esta esfera, al parecer la más «material» de todas, el cambio real, la innovación o la transformación dependen, en gran medida, no sólo de las fuerzas «objetivas» del mercado o de la producción, sino de una reformulación carismática del *sentido* de las actividades económicas (55).

Todo esto son sólo alusiones o indicaciones para la investigación ulterior. Pero señalan, de modo general, que las diferencias entre las cualidades carismáticas más adecuadas a diferentes esferas institucionales tienen sus raíces en la diferencia de los problemas y exigencias organizativos de esas esferas, así como de los problemas simbólicos específicos, o problemas de orden simbólico esenciales a cada una de tales esferas, y que un punto de encuentro estructural principal entre estas dos es el carácter de la búsqueda de participación en los aspectos «centrales» de cada una de tales esferas institucionales.

Pero el carácter de los problemas simbólicos y organizativos y, por consiguiente, el carácter de las cualidades carismáticas necesarias para hallar nuevas respuestas adecuadas a estos problemas, no sólo difiere según esferas institu-

(52) Véanse los capítulos II y VI.

(53) Véase el capítulo 6.

(54) Véase el capítulo 3.

(55) MAX WEBER: *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, *op. cit.*

cionales, sino también por tipos de sociedades, entre un país primitivo y un gran imperio histórico, entre una comunidad religiosa tradicional y una organización científica moderna. Además, el carácter de estos problemas bien podría cambiar por el mismo efecto de diferentes personalidades carismáticas y de los nuevos marcos institucionales establecidos por ellas.

XVII

La precedente reformulación del carácter de lo carismático y de su relación con el proceso de creación de instituciones significa una reorientación de las principales cuestiones sobre el carácter del orden social. En vez de suponer que tal orden es dado por algunas fuerzas externas impuestas de algún modo sobre los individuos y sobre sus deseos, que sólo es un resultado de su estimación racional, premeditadamente egoísta, de sus intereses o de las exigencias de la división socio-económica del trabajo engendrada por esos intereses, subraya otro elemento constitutivo de tal orden. Este elemento es la existencia de cierta búsqueda de cierto orden semejante, no sólo en términos organizativos, sino también simbólicos, entre los deseos u orientaciones básicas de las personas (56).

Con otras palabras, ello significa que, entre los deseos «egoístas» de las personas, desempeña un papel muy importante su búsqueda y concepto del orden simbólico, de la «sociedad buena» y por la búsqueda de participación en tal orden. Esta búsqueda constituye un componente básico, aunque diferente, en todo el panorama de las actividades, orientaciones y objetivos sociales y culturales. Pide una respuesta más bien especial a quienes pueden responder a esta búsqueda, y esta respuesta suele estar situada en partes o aspectos distintos, específicos, de la estructura social. El foco estructural de esta búsqueda ha de encontrarse en la actividad, grupo o símbolo carismático.

Pero esta búsqueda de participación en tal orden no constituye siempre necesariamente un foco de consenso: puede llegar a ser fácilmente un foco de disensión, conflicto y cambio.

Como hemos visto, el supuesto inicial de muchos análisis sociológicos del carisma han subrayado sus efectos perturbadores, su contribución a la destrucción de las instituciones existentes, al cambio social. El reconocer que las actividades o símbolos carismáticos constituyen también una parte o aspecto

(56) TALCOTT PARSONS: «Culture and the Social System: Introduction»: TALCOTT PARSONS y otros: *Theories of Society*, Nueva York, 1961, vol. II, páginas 963-993. S. N. EISENSTADT: «Sociological Theory», *Encyclopaedia of Social Sciences* (en preparación).

de la textura institucional ordinaria no niega esta idea básica; sólo nos capacita para enfocar de modo mucho más diferenciado y sistemático la relación entre el carisma y el cambio y la transformación social. Nos capacita para ver —como indicaremos después con más detalle— que la misma búsqueda de participación en un orden con sentido puede estar relacionada con el proceso de cambio y transformación; que puede constituir —al menos, en ciertas circunstancias— el mismo foco de los procesos de transformación social.

XVIII

Lo cual nos vuelve al punto de partida originario del interés sociológico por lo carismático: a la relación entre el carisma y el cambio social. Como hemos visto antes, la estrecha relación entre el carisma y el cambio social, el poder destructor de instituciones del carisma, han sido reconocidos plenamente por el pensamiento y el análisis sociológicos. Pero, en conjunto, este reconocimiento se ha limitado a las situaciones más extremadas de cambio social. Nuestra exposición precedente puede capacitarnos para enfocar este problema de modo más sistemático y diferenciado.

El punto de partida de este enfoque es reconocer la tensión esencial que incorpora lo carismático a todo sistema social. Bendix lo ha expresado sucintamente en los siguientes términos:

«... Todo sistema de nominación es "válido" solamente dentro de ciertos límites, y cuando éstos son desconocidos o sobrepasados demasiado tiempo, el tipo de dominación, o cambia su forma, o pierde completamente su carácter originario, autorizado. El carisma es una "cualidad sobrenatural de una personalidad", que, en su sentido original, se probó por milagros, obteniendo así reconocimiento por las normas y haciendo a su vez de este reconocimiento su sagrado deber. Ciertamente, la autoridad carismática exige la aceptación incondicional de sus pretensiones de legitimidad, pero la creencia en ella falta siempre, pues "parece que la persona favorecida por el don de la gracia es desamparada por su Dios o sus poderes mágicos o heroicos".

»Desde el punto de vista de los gobernados, esto significa que su creencia en las pretensiones jurídicas de su autoridad bien pudieran proceder del "entusiasmo" o "la necesidad y la esperanza" (*Begeisterung oder Not und Hoffnung*), pero que secretamente desean o esperan pruebas que confirmen su legitimidad. Es característica, ciertamente, de la dominación carismática que el gobernante interprete estos deseos o esperanzas como incredulidad y exija la aceptación incondicional de su interpretación. Pero el deseo del gobernante de signos de confirmación permanece. Lo mismo es aplicable

a otros tipos. La legitimidad de la dominación tradicional descansa en la "santidad de las estructuras y los poderes de mando establecidos" (*Heiligkeit altüberkommenen Ordnungen und Herrengewalten*); en consecuencia, la autoridad se ejerce por la persona del gobernante, no por medio de leyes. Sin embargo, el mando de un gobernante no sólo es legal cuando se conforma a la tradición, sino también cuando procede de "la voluntad arbitraria del amo".

»Por tanto, la dominación tradicional posee una dualidad característica de gobierno vinculado a la tradición y libre de ella. Esta libertad de la tradición alude a la voluntad arbitraria del gobernante personal, que puede tener el derecho a desconocer la tradición, puesto que su voluntad es absoluta, pero que, por este medio, puede poner en peligro su propia autoridad tradicional...» (57).

Quizá el aspecto más importante de este análisis es que tales tensiones o conflictos no sólo tienen sus raíces en los choques de intereses diferentes en una sociedad, sino en la diferente distribución de lo carismático en los aspectos simbólico y organizativo de todo sistema institucional, y que es la combinación de ello y los conflictos de intereses la que efectivamente puede constituir el principal foco de la continuidad y de los cambios potenciales en todo sistema social.

Cualquiera sea el éxito de unos emprendedores institucionales al intentar establecer y legitimar normas comunes en términos de valores y símbolos comunes, estas normas es probable que nunca sean aceptadas completamente por la sociedad entera. La mayor parte de los grupos suelen mostrar cierta autonomía según sus actitudes ante esas normas y según su disposición o capacidad de proporcionar los recursos que pide el sistema institucional dado. Durante muy largos períodos, una gran mayoría de los miembros de una sociedad o de partes de ella pueden identificarse hasta cierto punto con los valores y normas del sistema dado y estar dispuestos a proporcionar los recursos que necesita; sin embargo, se desarrollan también otras tendencias (58).

Algunos grupos pueden oponerse en gran medida a las mismas premisas de la institucionalización de un sistema dado, pueden compartir sus valores y símbolos sólo en muy poca medida y pueden aceptar esas normas sólo como el menor de los males y como vinculantes para ellos en sentido muy limitado. Otros pueden compartir esos valores y símbolos y aceptar las normas en mayor

(57) R. BENDIX: «Max Weber's Sociology Today», *International Social Science Journal*, vol. 17, núm. 1, 1965, págs. 19-20.

(58) V. más explicación en: S. N. EISENSTADT: «Institutionalization and Change», *American Sociological Review*, vol. 29, núm. 2, abril 1964, págs. 235-247.

grado, pero pueden considerarse los depositarios más leales de esos mismos valores. Pueden oponerse al plano concreto en que se institucionalizan los valores por la élite en el poder y pueden intentar interpretarlos de manera diferente. Otros pueden formar nuevas interpretaciones de los símbolos y normas existentes y luchar por un cambio de las mismas bases del orden institucional. Por tanto, todo sistema institucional nunca es «homogéneo» por completo, en el sentido de ser aceptado plenamente o en el mismo grado por todos los que participan en él, y estas diferentes orientaciones sobre las esferas simbólicas centrales pueden hacerse focos de conflicto y de potencial cambio institucional.

Aún más importante desde el punto de vista de nuestro análisis es que, cualesquiera que sean las actitudes iniciales de todo grupo dado ante las premisas básicas del sistema institucional, pueden cambiar en gran medida después de la institucionalización inicial del sistema. Toda institucionalización ocasiona necesariamente esfuerzos por mantener los límites del sistema, mediante continuos intentos de movilizar recursos de diferentes grupos e individuos, y por mantener la legitimidad de sus valores, símbolos y normas. Pero la continua aplicación de esta política puede afectar al lugar de diversos grupos en la sociedad y causar continuos desplazamientos del equilibrio de poderes entre ellos y de sus orientaciones ante el sistema institucional existente.

Por tanto, el mismo carácter del establecimiento de un sistema institucional, de la diferente distribución de los símbolos y centros y orientaciones carismáticos y acceso a ellos crea la posibilidad de que se desarrollen «antisistemas» en su interior; y, si bien pueden permanecer latentes durante muy largos períodos, pueden constituir también importantes focos de cambio bajo condiciones propicias.

La existencia de tales contradicciones o conflictos entre los diferentes centros simbólicos, esferas institucionales y entre diferentes grupos en sus relaciones con esos centros, no impide, desde luego, la posibilidad de que el sistema pueda mantener sus límites más o menos continuamente a través de una jerarquía de normas y conseguir el ajuste o el aislamiento parcial de diferentes subsistemas y de que persista un orden definido y unas relaciones estables entre las partes del sistema. Pero la posibilidad de conflicto y de cambio potencial está siempre presente, arraigada en el mismo proceso de cristalización y mantenimiento de los sistemas institucionales, de la estructura de sus centros simbólicos y organizativos, de la relación de estos centros con los conceptos periféricos de la centralidad y de sus relaciones con su actividad.

Estas diversas fuerzas difieren naturalmente entre las esferas institucionales y las sociedades —y a ellas debiera atender la investigación ulterior—, pero la misma sensibilidad de estas fuerzas y la tendencia al cambio son esenciales a todas ellas.

XIX

Es ahora cuando llegamos al punto probablemente esencial del análisis de las relaciones entre el carisma y el cambio social, a saber, al análisis del poder transformador de las personas, símbolos y actividades carismáticos.

¿En qué difiere tal transformación del mero cambio estructural o demográfico? ¿Qué tipos de carisma pueden transformar las sociedades y bajo qué condiciones?

En todos sus estudios, Weber ha buscado los movimientos efectivamente capaces de efectuar tal transformación institucional de largo alcance. Pero, como también respecto de tantos otros campos, aunque este problema es esencial en su obra, el mismo Weber no lo ha explicado por completo.

Pero el análisis precedente de algunas inferencias de su obra, así como la definición por Shils de lo carismático y sus lugares en los «centros» de la sociedad, puede ayudarnos efectivamente a identificar las características esenciales de tal transformación.

Un aspecto muy esencial de todo proceso de transformación social es la recristalización de los centros de toda sociedad, no sólo de las tasas de acceso a ellos, sino del mismo contenido y de la definición de los símbolos carismáticos centrales y de los modos de participación en ellos. Es quizá esta dimensión la que constituye la diferencia entre el cambio estético, estructural o demográfico y la transformación de los sistemas sociales.

XX

Pero, ¿qué tipos de actividades y orientaciones carismáticas tienen de hecho tal poder de transformación? Y, ¿bajo qué condiciones es efectivo?

En todos sus estudios —sean de los sistemas políticos o jurídicos o de las grandes religiones mundiales—, trató efectivamente de este problema. Pero sólo en un aspecto esencial de su obra, en la famosa tesis de la ética protestante, se acercó a una exposición sistemática más completa, aunque incluso en ella la mayor parte de las inferencias analíticas más generales han de ser extrapoladas de la explicación de Weber.

Comencemos examinando —tanto desde la base del análisis de Weber como de las últimas obras en este campo (59)— qué hay en la ética o sistema

(59) S. N. EISENSTADT: «The Protestant Ethic Thesis in an Analytical and Comparative Framework»: S. N. EISENSTADT (ed.): *Religious Transformation and Modernity* (Basic Books), Nueva York, en preparación, y los diversos ensayos de esta colección.

simbólico protestante y en el marco social de sus portadores que facilitase su desarrollo en el sentido de tal transformación.

Parece ser que los aspectos más importantes de la orientación protestante de valor desde el punto de vista de nuestra exposición son su fuerte combinación de «cismundanía» y trascendentalismo —combinación que orienta la conducta individual a las actividades de este mundo, pero al mismo tiempo no santifica ritualmente ninguna de ellas—, mediante una unión mística o cualquier acto ritual, como punto final de la consumación o el mérito religioso. En segundo lugar, está el fuerte énfasis sobre el activismo y la responsabilidad individuales. Tercero, la relación inmediata, directa, del individuo con lo sagrado y la tradición sagrada, actitud que, aun subrayando con fuerza la importancia directa de lo sagrado y de la tradición, minimiza el grado en que esta relación y compromiso individual pueden ser mediados por cualesquiera instituciones, organizaciones y exégesis textuales. Abre, por tanto, la posibilidad de una continua redefinición y reformulación del carácter y alcance de tal tradición, posibilidad más aún reforzada por la firme actitud trascendental que minimiza lo sagrado de todo «aquí y ahora».

Estas orientaciones del protestantismo y los protestantes (y, especialmente, calvinistas) no se confinaron, sin embargo, al ámbito de lo sagrado. Estaban estrechamente relacionadas con dos orientaciones principales, y manifiestas en ellas, en el concepto que tenían la mayoría de los grupos protestantes de la realidad social y de su propio puesto en ella, es decir, con lo que podemos llamar sus imágenes y orientaciones de posición.

La mayoría de los grupos protestantes desarrollaron una combinación de dos tipos de tales orientaciones. Primero, su «apertura» ante la general estructura social, arraigada en su orientación «cismundana», que no se limitaba solamente a la esfera económica, sino que, como veremos después, podía abarcar otros campos sociales. Segundo, se caracterizaban por cierta autonomía y autosuficiencia desde el punto de vista de su orientación de posición. No mostraron más que poca dependencia —desde el punto de vista de la cristalización de sus propios símbolos de posición e identidad— de los centros políticos y religiosos existentes.

Fueron todos estos aspectos de la ética protestante los conducentes a su gran capacidad transformadora y de influir, cambiar, la conducta de las personas y la configuración de las instituciones.

Pero la medida en que estas creencias pudieron hacerse efectivamente influyentes dependió en no poco grado de la organización social de sus portadores y del marco social general en cuyo interior actuaban.

En este respecto, parece en general que tales tendencias transformadoras de los sistemas y movimientos religiosos e ideológicos tienden a ser mayores

cuanto más sean originadas y promovidas por élites relativamente cohesivas con firme sentido de identidad y, especialmente, por élites secundarias, que, aun algo distantes de la central gobernante, mantienen orientaciones solidarias positivas al centro y no están enteramente enajenadas de las élites preexistentes y de algunos grupos más amplios de la sociedad.

De modo similar, el efecto de tal potencial transformador de los movimientos religiosos e ideológicos será mayor en tanto la estructura social existente se caracterice, en su totalidad o en aquellas de sus partes en las que esos desarrollos religiosos e ideológicos sean intensos, por cierto grado de autonomía de los órdenes social, cultural y político y por una cohesión relativamente firme de los amplios estratos más activos. De modo semejante, la existencia, dentro de los amplios estratos y grupos familiares de cohesión interna relativamente fuerte, de cierta autonomía de posición y flexibilidad, junto con la apertura hacia el centro, puede facilitar en gran medida la transformación interna de esos grupos, la evolución dentro de ellos de orientaciones positivas hacia los nuevos centros y de la disposición a proporcionarles el apoyo y recursos que necesitan.

A la inversa, en tanto tal autonomía sea poca y los amplios grupos sociales, muy cerrados, podría socavar fácilmente, mediante la retirada de recursos y el desarrollo de intensas exigencias desordenadas al centro, las mismas condiciones de funcionamiento de esos nuevos centros institucionales.

Fue en virtud de la combinación de esta orientación de valor y estas características sociales cómo en los países protestantes surgieron ciertos mecanismos sico-sociales, por cuyo medio se hizo operante la influencia de las ideas sobre la conducta. El más importante de ellos parece haber sido un nuevo tipo de identidad personal, con referencia, aunque no demasiado rígida, a una identidad colectiva dada. No está vinculada enteramente a ningún sistema político, a ningún Estado ni comunidad. Pero originó un énfasis muy fuerte, aunque flexible, sobre el compromiso personal en hacer algo por una comunidad. Además, provocó también una relación muy firme entre el compromiso personal, la identidad personal y varios tipos de actividades de intercambio institucional: económicas, políticas y administrativas. Y abrió las relaciones entre esta identidad personal y colectiva en una gran variedad de concretas actividades «cismundanas».

Por tanto, si examinamos más de cerca la tesis de la ética protestante, veremos que, cualquiera sea el acierto de sus detalles, nos encontramos con el intento de explicar toda una transformación socio-cultural por un cambio del tipo de relaciones entre las identidades personal y colectiva, por una parte, y entre éstas y diversas actividades institucionales concretas, por otra. Y fue

esta transformación simbólica la que facilitó al menos algunos nuevos progresos institucionales, si es que no los provocó.

La precedente reconsideración de la tesis de la ética protestante de Weber nos muestra que contiene indicaciones muy importantes, no sólo sobre el problema específico de que trata, sino también para el análisis de los procesos de transformación de las estructuras sociales en general y sobre la importancia relativa, en tales procesos, del impulso carismático, en oposición al cambio puramente estructural organizativo, estíquico (60).

XXI

El análisis precedente nos lleva al problema de las relaciones entre el carisma y el cambio social en perspectiva comparada e histórica y a los problemas de las relaciones de las vastas investigaciones históricas comparadas de Weber con sus intereses analíticos, conceptos y categorías.

Como hemos visto antes, Weber empleó estas categorías para explicar tanto los rasgos específicos de sociedades particulares como de tipos más generales de sociedades e instituciones. Fue mediante este empleo como pudo analizar una gran variedad de modos y casos de rutinización del carisma.

Pero, esta variedad, ¿es puramente casual o accidental?

La vasta obra comparada de Weber se basaba en su gran interés por los problemas de la evolución histórica en general y de la evolución histórica de la civilización occidental en particular. Además, una de sus contribuciones analíticas más importantes a los estudios socio-históricos está en el modo como pudo insertar la dimensión temporal como categoría esencial a la misma estructura de la relación social y de la vida social, no como algo impertinente a las principales formas de organización social o como una fuerza externa que dirige el destino de las sociedades desde el exterior.

¿Encontró, pues, allende la gran variedad de materiales concretos, algunos principios reguladores o directivos, según los cuales tiendan a desarrollarse en diferentes sociedades diferentes tipos de relaciones institucionalizadas, grupos o colectividades?

Bien es verdad, la obra analítica y metodológica de Weber se orientaba contra gran parte de la contemporánea *Geistesgeschichte* alemana, el materia-

(60) En la propia obra de WEBER, el análisis quizá más interesante de este problema es el de las causas de decadencia de la Antigüedad: MAX WEBER: «Die sozialen Gründe des Untergangs der antiken Kultur», *Kesammelte Aufsätze zur Sozial und Wirtschaftsgeschichte*, Tübinga, 1924, págs. 289-311.

lismo histórico y el evolucionismo por igual; además, desarrolló una actitud bastante negativa ante todo esquema general de la historia humana, y esta actitud negativa se transfirió a gran parte de la moderna teoría sociológica.

Por ello, muchos tipos concretos de organizaciones sociales que construyó en esta vasta empresa, formados al parecer según su modo «ideal-típico», parecen haberse construido en forma más bien «casual», *ad hoc*, o según la singularidad histórica de cada sociedad, sin que hubiese ningún principio directivo más general en la construcción de estos tipos.

Pero ésta sería una idea muy parcial. Justo como se oponía a cualesquiera esquemas grandiosos de la historia universal, se oponía también al historicismo (61). Por consiguiente, allende la gran variedad de tales tipos concretos de que trataba, suelen surgir algunas consideraciones y orientaciones más amplias e inclusivas. Por una parte, la mayoría de los tipos principales que construye en casi todas las esferas institucionales se distinguen por lo que podemos llamar la medida o alcance de su diferenciación estructural. Así, distingue entre comunidades primitivas e históricas y entre estructuras patrimoniales pequeñas y burocráticas históricas más complejas y mayores.

Además, si examinamos de cerca los escritos de Weber —especialmente, *Sociology of Religion* o *Political Sociology* (62)—, podemos discernir fácilmente que saca la mayoría de sus ilustraciones o ejemplos del desarrollo de tipos carismáticos y de su institucionalización de períodos que podemos llamar de paso de un estadio de diferenciación social a otro.

Así, reconoció de hecho enteramente la importancia de la diferenciación estructural como creadora de las condiciones bajo las cuales surgen nuevos problemas de orden y sentido y como creadora, mediante cierta innovación o transformación «carismática», de las posibilidades de pasos a nuevos tipos de organización social. Pero era a la vez plenamente consciente de que ni las posibilidades generales de la institucionalización de tales pasos ni sus perfiles concretos están dados en el mismo proceso de diferenciación estructural. Ciertamente, no suponía que existiese una identidad necesaria del contenido de la innovación carismática que pueda desenvolverse en diferentes sociedades y en estadios semejantes de diferenciación.

Pero, ciertamente, no negó la posibilidad de comparar tales contenidos: puede pretenderse, en efecto, que la mayor parte de su obra histórico-sociológica se dedicó a tales comparaciones. El que el punto de partida de muchas comparaciones tuviese sus raíces en su obra en una específica situación histó-

(61) V. una idea algo diferente en: R. BENDIX: «Max Weber's Sociology Today», *International Social Science Journal*, vol. XVII, núm. 1, 1965, págs. 9-22.

(62) V.: T. PARSONS: «Introduction»: MAX WEBER: *Sociology of Religion*, *op. cit.*

rica no niega la comparabilidad de los problemas y la general aplicabilidad comparativa de los conceptos por él desarrollados: de hecho, más bien subraya tal aplicabilidad.

XXII

Es en este contexto donde llega a ser pertinente la problemática general del contenido de las diversas cualidades carismáticas, según se desenvuelve en diferentes tipos de sociedades y en la historia humana. Los diferentes tipos de actividades y símbolos carismáticos que tienden a desarrollarse en diferentes tipos de sociedades ¿son puramente casuales o accidentales o podemos discernir también al respecto alguna tendencia más general? O, para emplear de nuevo una jerga sociológica más moderna, ¿podemos discernir algunas tendencias o desarrollos comparables, no sólo respecto de los procesos de diferenciación estructural, sino también de los principios de orden integrador que tienden a desarrollarse en estadios semejantes de diferenciación?

Parece ser que Weber suponía, en efecto, que algunos de tales desarrollos —y problemas— comparables podían ser tratados con sentido. Este supuesto o idea suya se centra alrededor de los conceptos de «racionalidad» y *Entzauberung* (63). Es la yuxtaposición de estos dos conceptos la que procura la perspectiva más oportuna del contenido de lo carismático en sus relaciones con la rutinización institucional y la problemática de la libertad y la creatividad en general y en la sociedad moderna en particular.

El concepto de racionalidad, tal como lo ha desarrollado Weber, tiene, como es bien sabido, dos sentidos o aspectos diferentes, aunque interrelacionados. Uno es el sentido más «formal», organizativo, la *Zweckrationalität*, designada después por Mannheim «racionalidad funcional» (64). Este aspecto de la racionalidad está relacionado muy estrechamente con el proceso de la diferenciación y complejidad estructural: de muchas maneras, la posibilidad de la extensión de tal racionalidad la exige en gran medida el mismo proceso de diferenciación estructural. Pero la racionalidad corresponde también al mundo del sentido, de los valores, de la *Wertrationalität*, de lo que se ha llamado en la terminología de Mannheim la «racionalidad sustancial». Esta racionalidad

(63) La «*Entzauberung*» alude principalmente al aspecto del «contenido» de la cultura y describe la desmitificación del concepto del mundo, relacionada con el creciente secularismo, con el auge de la ciencia y con la creciente rutinización y «osificación» de la educación y la cultura.

(64) K. MANNHEIM: *Man and Society in the Age of Reconstruction*, Londres, 1940.

dad puede manifestarse —y su alcance puede expandirse continuamente— en todas las esferas del empeño humano, de la cultura y la organización social, en la religión, la educación y el empeño científico, en la vida política y las relaciones sociales e interpersonales.

Semejante ampliación del alcance de la racionalidad sustancial se hace especialmente evidente en los pasos más cruciales de un plano de diferenciación social a otro. Se hace evidente en el carácter de los problemas planteados y de las respuestas dadas en todas estas esferas del empeño humano y la organización social. En cada uno de tales pasos aparece la tendencia o, al menos, la potencialidad de extender el alcance de la racionalidad al plantear los problemas básicos de las principales esferas simbólicas y culturales de modo más racional; es decir, formulándolos cada vez con mayor abstracción, con mayor coherencia lógica y nomenclatura general y, en cierta medida, también por la serie de soluciones que se intentan para estos problemas (65).

Tales posibilidades de extensión de la racionalidad equivalen en gran medida a la extensión del alcance del potencial de creatividad humana y del campo de la libertad humana. Bien es verdad que Weber no sucumbe al optimista postulado de que todas las soluciones «carismáticas» (o tipos de orden) que se desenvuelven en tales pasos sean siempre necesariamente «racionales». Al contrario, en varias partes de su obra, y especialmente en *Sociología de la Religión* y en el análisis de los modernos progresos políticos, postula del modo más claro la posibilidad de lo que podemos llamar «irracional»: soluciones demoníacas mágicas, constrictivas de la libertad y «enajenadas» a tales nuevos problemas. Pero, aunque el establecimiento de tal orden «racional» no está asegurado automáticamente en ninguna situación de creciente diferenciación social, la posibilidad de tal progreso está dada efectivamente dentro de ella.

Pero tal extensión de la racionalidad sustancial no es algo limitado a la expresión de ideas abstractas. Tiene algunas consecuencias organizativo-estructurales muy definidas, implícitas en nuestro precedente análisis del carácter de lo carismático en general y de la rutinización del carisma, como aspecto importante de la creación de instituciones en particular.

Aparentemente, las cualidades carismáticas, con su énfasis sobre lo extraordinario, constituyen el polo opuesto a toda racionalidad. Pero, efectivamente, es en el reino del sentido donde han de encontrarse los mayores potenciales

(65) WEBER no suponía que el contenido concreto de las cuestiones planteadas —y, especialmente, de las respuestas dadas— en tales situaciones fuese necesariamente el mismo en sociedades diferentes. Pero, al mismo tiempo, su obra denota la comparabilidad de tales respuestas —y cuestiones— en términos de extensión de la racionalidad.

para la extensión de la racionalidad sustancial. Por ello, dada la afinidad básica de lo carismático con las provisiones de orden y sentido, tal extensión de la racionalidad puede ser, en efecto, muy a menudo resultado de actividades carismáticas de personalidades y grupos que desenvuelven nuevos conceptos de orden y objetivos y que pueden «rutinizar» esas cualidades y orientaciones carismáticas mediante la cristalización de nuevos centros societarios.

XXIII

Pero esta extensión «carismática» transformadora de la racionalidad sustancial encierra también muchas paradojas, especialmente, en sus relaciones con los problemas de la creatividad y la libertad en general y en las sociedades modernas en particular.

Según muchas ideas prevalentes, los constreñimientos de tal libertad y creatividad y, por tanto, también de las fuentes más importantes de cambio e inestabilidad en las sociedades en general y en las sociedades modernas en particular, están arraigadas, o en el cierre del acceso de muchos grupos y estratos a la participación en los principales centros de la sociedad, o en los poderes coercitivos de, especialmente, aunque no sólo, el centro político, poderes coercitivos que tienden a aumentar con la creciente racionalización de la hacienda.

La irresistible fuerza y la problemática de tales tendencias constrictivas en las sociedades modernas ha sido atribuida con frecuencia a la contradicción entre el potencial «liberador» o creador dado en la extensión de la racionalidad sustancial, en oposición al potencial de constreñimiento y compulsión esencial a la extensión organizativa de la racionalidad funcional, que puede verse del modo más claro en las crecientes tendencias a la burocratización esenciales a las sociedades modernas. Esta contradicción no se anula por el hecho de que muy a menudo sea la misma extensión de la racionalidad sustancial (como es evidente, por ejemplo, en la ampliación del alcance de la comunidad política o en la extensión del conocimiento científico) la que crea las condiciones de intensificación de las tendencias más constrictivas esenciales a la extensión de la racionalidad funcional en casi todas las esferas del empeño humano y de la vida social.

Esta contradicción entre los efectos estructurales de los dos tipos de racionalidad ha sido considerada a veces paralela a la que existe entre el poder liberador del carisma, en oposición a las tendencias más constrictivas del proceso de su rutinización.

Y, sin embargo, estas tendencias más constrictivas orientadas al conflicto.

que se desenvuelven en las sociedades modernas, no sólo tienen sus raíces en la extensión de la racionalidad funcional y en sus efectos estructurales. Pueden tener también sus raíces, especialmente en el mundo moderno, en algunos aspectos o consecuencias de la misma extensión de la racionalidad sustancial, y especialmente en aquellos aspectos de esta extensión más estrechamente relacionados con el concepto de *Entzauberung* (desmitificación).

Las tendencias a tal *Entzauberung* no sólo están arraigadas en el encuentro entre las cualidades «dinámicas» del carisma, por una parte, y las exigencias organizativas de su institucionalización selectiva en la estructura social, por otra; entre el poder liberador de la racionalidad sustancial, en oposición al poder constrictivo de la racionalidad funcional; sino, más bien, en algunos de los mismos efectos básicos de la transformación de las cualidades creadoras, carismáticas, de los centros y de la búsqueda de participación en ella a medida que se desenvuelve en las sociedades modernas.

Weber indicó, aunque a menudo sólo implícitamente, que las sociedades modernas se caracterizan no sólo por ciertas características estructurales —como la creciente diferenciación y especialización, que conduce por necesidad a la especialización de la burocratización—, sino también por cambios de largo alcance en la estructura de los centros societarios y en el modelo de participación en ellos y de acceso a ellos. Las sociedades modernas se caracterizan también por un número creciente de tales centros, crecientes exigencias de acceso a ellos y de participación en sus tendencias culminantes en la obliteración de la diferencia simbólica entre el centro y la periferia.

Sintió, aun cuando no lo hizo del todo explícito, que, si bien en primeros estadios de la modernidad se desarrolla gran parte de tensiones y conflictos sociales alrededor de la ampliación del campo de participación y de los cauces de acceso a los centros, posteriormente, cuando muchos de esos objetivos hayan sido alcanzados, pueden surgir nuevas series de problemas, tensiones y conflictos. Estos problemas se centran alrededor de la posibilidad de desarrollo de una creciente apatía ante los mismos valores esenciales, símbolos y centros, no por falta de posibilidad de acceso a ellos, sino, en cierto sentido, por exceso de acceso.

Por tanto, la desmitificación del mundo puede quedar centrada alrededor de la posibilidad de que la consecución de participación en muchos centros puede carecer en realidad de sentido, que esos centros pueden perder su misterio, que el rey puede quedar de veras desnudo.

Estas posibilidades, desde luego, pueden intensificarse por los procesos de burocratización y de especialización creciente de las sociedades modernas. Pero sería erróneo suponer que estos procesos producirían por sí estos nuevos problemas y tensiones. Antes bien, es la combinación de estas tendencias a la

burocratización con el cambio de estructura de la participación en los centros la que puede explicar estos resultados de desmitificación y de rutinización de lo carismático en los marcos modernos.

Este enfoque puede añadir una dimensión nueva a los estudios del cambio y del conflicto y puede dar más luz tanto al estudio de las grandes tendencias y problemas sociales y políticos del siglo XX como de diversos fenómenos contemporáneos, como los nuevos tipos de revuelta juvenil o la transformación de los problemas del tiempo libre.

En este respecto, una vez más, todas éstas son sólo ilustraciones o indicaciones preliminares. Pero, como las demás indicaciones preliminares esbozadas en los párrafos precedentes, derivan de tal reorientación de los problemas básicos del orden social que puede resultar de la reconsideración de la obra de Weber. Todas ellas constituyen un estímulo y una directriz para el ulterior análisis sociológico.

S. N. EISENSTADT

R É S U M É

L'importance de Max Weber n'est pas seulement due au fait qu'il soit une des grandes figures de l'histoire de la sociologie au XIX et XX^{ème} siècles. Elle ne se trouve pas non plus dans ses analyses concrètes et ses hypothèses, dont beaucoup sont supérieures à toutes celles qui ont été réalisées dans presque tous les domaines de la sociologie: étude de la bureaucratie, sociologie du Droit, sociologie de la religion, analyse des différents types de capitalisme. L'évolution dans ces domaines a empêché d'aborder beaucoup de problèmes de base, substantiels et analytiques que l'analyse variée de Weber a posé et que la sociologie actuelle commence à peine à affronter. Le meilleur moyen d'expliquer ces problèmes essentiels implicites dans l'oeuvre de Weber est de confronter, d'une part, la principale contribution de Weber à la sociologie, et d'autre part, ses principales orientations philosophiques, de "valeur" ou intellectuelles, qui ont dirigé son analyse scientifique.

Son intérêt plus général, qui pénètre toute son oeuvre, réside dans ce que nous pouvons appeler, dans la terminologie de la sociologie moderne, les processus de création d'institutions et de créativité culturelle, les processus de cristallisation, de continuité et de changement des principaux types d'institutions et de symboles culturels, des limites de la possibilité de transformer les anciens complexes institutionnels et culturels et d'en créer de nouveaux. Le concept central autour duquel Weber a développé cette problématique est celui du "charisme".

Sur cet important concept de "charisme", sur sa prédisposition, ses effets, sa situation, sa distinction d'avec la routine, son attraction, sa problématique, etc., l'auteur de cet article nous offre une ample étude, et passe ensuite au caractère des exigences et des problèmes "systématiques" de l'organisation dans laquelle se créent les complexes institutionnels, à la grande variété et complexité des processus d'institutionnalisation de ce qui a le caractère de charismatique, et à la relation entre le "charisme" et le changement social.

S U M M A R Y

Max Weber's importance lies not only in his being a great figure in the sociological history of the 19th and 20th centuries. Nor solely in his specific analyses and hypotheses, many of them still unbettered in most fields of sociology: his study of bureaucracy, sociology of Law, sociology of religion, analysis of the different types of capitalism. Development in these fields has prevented the taking up of many basic, substantial and analytical problems presented by Weber's wide-ranging inquiries —problems which sociology has scarcely begun to tackle even today. The best way of explaining these essential problems implicit in Weber's work is to set his chief substantial contribution to sociology beside the principal philosophical, intellectual and "value" standpoints which guided his scientific analysis.

What laid an overriding claim to his interest and made their appearance in all his works were what in modern sociological parlance we would call the processes of institutionalization and cultural creativity, the processes of crystallization, continuity and change in the main types of institution and cultural symbol, the limits to possible transformation of old institutional and cultural complexes and the creation of new ones. The central concept around which Weber builds his analysis is that of "charisma".

Eisenstadt speaks at some length on this important concept of "charisma", passing on to discuss the "system" problems or requirements of the organization in which the institution is created, the great variety and complexity of the processes by which charisma is institutionalized, and the relationship between "charisma" and social change.